

Esta edición PDF
del **Papel Literario**
se produce
con el apoyo de



ESCRIBE ARNOLDO JOSÉ GABALDÓN: Ledezma nos plantea ahora: ya no es el petróleo el factor central de nuestra sociedad —aunque seguirá siendo para los venezolanos todavía un recurso natural importante—, sino que es la ecoesfera y su equilibrio el determinante del futuro de la humanidad y, por eso, nos presenta su obra *Venezuela, política y ambiente*, que recoge muchas de sus investigaciones bibliográficas y nos propone, al final, un modelo de desarrollo diferente.

FUNDADO EN 1943

Papel Literario

80 AÑOS

DOMINGO 16 DE JUNIO DE 2024

•Dirección Nelson Rivera •Producción PDF Luis Mancipe León •Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez •Correo e. riveranelsonrivera@gmail.com/https://www.elnacional.com/papel-literario/•Twitter @papelliterario

PETRÓLEO >> PIEZAS PARA PENSAR LA NACIÓN VENEZOLANA

El imaginario petrolero venezolano

El texto que sigue es un recorrido por algunos de los factores que han intervenido en la construcción de un posible imaginario petrolero venezolano. La que aquí se ofrece es una versión de un material más extenso disponible en la sección *Papel Literario* de www.el-nacional.com

LUIS RICARDO DÁVILA

In memoriam *de Asdrúbal Baptista, arte y parte de estas páginas.*

I.- En el principio fue el petróleo

En la formación de la nación venezolana un accidente de la madre naturaleza fue crucial: la aparición, en un mundo ávido de fuentes de energía, de la súbita y grandiosa riqueza petrolera. Este “azar geológico” pronto dejaría de ser tal para convertirse en sustancia. En 1913, el entonces ministro de Fomento se refería en términos halagadores a aquello que aún estaba en ciernes:

“No vacilo en anticiparos la plausible noticia de que en breves días podremos contar con una nueva fuente de producción rentística que no tardará en ser la de mayor importancia”.

Y continuaba con términos que no podrían ser más premonitorios de lo que vendría:

“El petróleo, ese codiciado combustible que las condiciones del progreso industrial hacen ya indispensable, ha dejado de ser tesoro escondido en las entrañas de la tierra venezolana”.

Sacar el “mene” de las entrañas del suelo era una de las actividades que seguiría a tan inusual y grata noticia. Quedaba poner la nueva riqueza en sintonía con el interés nacional. Y esta sería alta prioridad del Estado gomecista. Con ello se generarían las condiciones óptimas para articular el país al sistema capitalista y, en consecuencia, modernizar su economía y su sistema de producción. Los signos colectivos se moverían del agro al petróleo. La adopción de nuevos términos en un lenguaje, sobre todo si es oficial, presagia nuevas formas de vida.

El petróleo reventía en las riberas del Lago de Maracaibo, con profecía de abundancia. En 1926, el nuevo mineral desplazaría por vez primera al que hasta aquel momento había sido el principal producto de exportación: el café. Aquella cultura legítimamente agraria, con cuatro siglos de historia, comienza a impregnarse de otra cultura que no tardará mucho en justificarse. La explotación petrolera, la riqueza y cultura consecuentes traen al país rápidos procesos institucionales, sociales y mentales: la preeminencia del Estado, propietario de los recursos generados por el petróleo, en tanto fuerza privilegiada para impulsar la vida del país; rápidos procesos de movilidad social y de urbanización; y ciertas actitudes éticas en relación al trabajo y la generación de riqueza.

La paradoja de la modernidad petrolera

Al ritmo de la explotación petrolera algo comenzaba a gestarse en las estructuras colectivas. El petróleo serviría de fundador de una nueva racionalidad social, de la cual apenas aparecían los primeros destellos. ¿Cómo contribuiría el petróleo a aquella inalcanzable unidad nacional y a la formación de las identidades colectivas? El imaginario del petróleo actuaría como un esquema organizador. Modernidad y progreso serían algunos de los signos del porvenir petrolero venezolano. Solo que, “la modernidad petrolera se constituyó en la gran excusa para evitar examinar los defectos del pasado y en consecuencia tomar conciencia de los vicios que, al amparo de lo nacional, allí se fortalecían” (Campos).



BARROSO II / ARCHIVO

Esto no agota el problema de la incorporación del petróleo en la vida nacional. El asunto fue planteado por Enrique Bernardo Núñez en octubre de 1941: “Todavía hoy poco se sabe en Venezuela acerca de esta industria. Los ‘intelectuales’ demuestran escaso interés por ella. Prefieren apartar los ojos de tales materias. En el país del petróleo se habla con vaguedad del petróleo”.

Persiste el “escaso interés” y la “vaguedad”. Más recientemente, en una encuesta de 1977, entre algunos intelectuales, sobre los testimonios del petróleo, las respuestas mantuvieron un cimiento común: “Sabemos que el petróleo está allí, como parte sustancial de esa realidad; y como estamos seguros que todo el mundo lo sabe optamos por no mencionar lo obvio” (Gustavo Carrera). Algunos interrogaban y respondían con aspreza: “¿Dónde está la literatura del petróleo? En una literatura donde el petróleo es consecuencia y no tema. En la alienación, el nuevoriquismo, el consumismo, en la agonía de una cultura modificada, que experimenta el artificio de unos valores recientes” (Orlando Araujo). La alusión a las consecuencias no se hizo esperar: “La literatura y el arte se vieron también compulsados por la transformación violenta de Venezuela, de país agropecuario en país petrolero, y les costó trabajo ponerse al día” (Juan Liscano). Lo irónico no podía faltar: “¿Qué tiene todo esto que ver con la novela petrolera en Venezuela?, pregunta usted, muy atinadamente. Y es aquí donde (tr)avieso, me lanzo por el tobogán de la especulación [...] Los petroleros, vaya eso por delante, somos ellos y nosotros. No se haga el loco: usted sabe quiénes son ‘ellos’” (Ibsen Martínez).

II.- El imaginario del “país mineral”

El imaginario es una de las claves que permite comprender parte del psiquismo humano y de la organización social: “*L’imaginaire est ce qui tend à devenir réel*”. Así resumía André Breton lo que hace el poder del imaginario en las sociedades. Lo que en Venezuela devendría real era un vas-



BARROSO II / ARCHIVO

to movimiento del agro al petróleo, era el surgimiento de patrones de comportamiento que condicionarían las relaciones del hombre frente al Estado, del hombre frente al hombre y frente a la comunidad de los hombres. Era la formación de un nuevo modelo económico, de una nueva forma de existencia en el mundo. El imaginario del petróleo es un componente esencial de la condición del país mineral. Define todas las representaciones sociales.

Pronto el país deja de ser —según expresión de Díaz Sánchez— vegetal para convertirse en mineral: “se ha creado la imagen de dos países que se superponen y contradicen en el bastidor de la historia como dos dibujos desenfocados [...] el del país vegetal, el del país mineral. O dicho de otra manera: el de la Venezuela típicamente agraria [...] y el de la Venezuela que vive y se agita en tor-

no al petróleo”. Es este el país que se deslumbrará ante la riqueza fácil, aquel que sustituye la actividad productiva por la actividad rentística, el que se debatirá entre las ideologías socializantes y la penetración imperialista, el de los rascacielos y los automóviles, el de las nuevas modalidades de la moral colectiva, el de la modernización sin modernidad: “el país no había dejado de ser colonial y ya comenzaba a ser moderno”.

El petróleo, propiedad nacional

En Venezuela el subsuelo es propiedad de la república desde 1829. De manera que cuando, a comienzos del siglo XX, el Estado atendía lo relacionado con las compañías petroleras interesadas en explorar y explotar el petróleo existente en el subsuelo, el marco jurídico ya estaba definido: las minas son de la república. Muy pronto también lo estaría el marco político: “Nuestros tesoros yacen en el fondo de la tierra porque no hay capitales para sacarlos a la superficie”. Este es el contexto en el que se comienzan a entregar las primeras concesiones petroleras. A las compañías extranjeras les correspondería explorar y probar la existencia de terrenos petrolíferos abriendo para la nación la posibilidad de aprovechar una inmensa riqueza que antes muy pocos conocían.

A partir de 1917 se hace evidente el particular interés que la nueva materia prima tenía para el mundo. “El asunto petrolero es de lo más importante actualmente en el mundo”, se le informa en 1920 al general Gómez. De inmediato, el petróleo se convertirá en fuente de ingreso para la nación. Desde el Ministerio de Fomento, Gumersindo Torres organizaría todo lo relacionado con el petróleo como fuente de ingreso rentístico. El novedoso argumento introducido tendría gran importancia histórica: además de lo que las compañías arrendatarias del subsuelo nacional pagaban al Estado como impuesto general, habría que exigir un pago como “canon de arrendamiento por el derecho a explotar las minas”. Según esto, la nación también cobraría a las compañías una parte por la cesión temporal de la propiedad del subsuelo.

La “libre propiedad estatal”, desde el primer Código de Minas (1854), se transformó en “propiedad nacional” como base para exigir al capital arrendatario el pago de una renta petrolera internacional. Torres interpreta ese nuevo “canon de arrendamiento” como una “participación de la nación” en los beneficios de la industria petrolera.

Ocurrieron dos cosas: 1- Se construyó el argumento discursivo que permitió históricamente participar como propietario del subsuelo (terraténiente) en el negocio petrolero. El resultado fue la elaboración de un discurso que preservó la propiedad nacional sin interrupción hasta 1976, cuando ocurrió la nacionalización de esta industria; 2- Para lo concerniente a esta participación, se aplicaron los criterios según los cuales los Estados Unidos desarrollaron la propiedad privada de la explotación petrolera.

Tan halagadoras eran las perspectivas, que en 1920 Torres va a referirse a una suerte de identidad petróleo-nación con un lenguaje también halagador:

“[...] pero es tan interesante el porvenir de los aceites que ha llegado a ser este elemento no solo una fuente de riqueza y de renta para los afortunados países que lo poseen, sino que la tendencia actual es considerar este elemento como si dijéramos, parte de la integridad nacional”.

Queda claro lo que se está gestando en el seno de la sociedad tradicional: las bases para que la nación aprovechara los proventos de la explotación petrolera. En su calidad de propietario de un bien precioso para el resto del mundo, la nación logra articularse a la moderna economía capitalista. Se abren nuevos horizontes a la Venezuela tradicional y agraria. Las grandes transformaciones estuvieron a la orden del día: el país dejó de ser rural para convertirse en urbano, dejó de exportar productos de la tierra para importar los bienes de la modernidad capitalista; el Estado, por su parte, dejó de ser pobre para convertirse en omnipotente agente de progreso. Y todo esto ocurrió en un tiempo histórico relativamente corto. Se trataba del proyecto de una élite, “de unos gobernantes a quienes sobraba Estado y faltaba país” (Campos).

(Continúa en la página 2)

El imaginario petrolero venezolano

(Viene de la página 1)

Las ventajosas condiciones crean conciencia en las élites dirigentes del Estado sobre lo que el negocio petrolero representa. Algo importante en dos sentidos: 1- Para consolidar el proceso de modernización de la sociedad venezolana: 2- Para conseguir la tan preciada unidad nacional.

La construcción de vías de comunicación vinculó todos los rincones del país, se aceleraron las migraciones internas con la oferta de trabajo, las ciudades y su infraestructura crecieron a pasos agigantados, se inició el saneamiento de la población de sus seculares males endémicos, la educación dejó de ser mera “instrucción” para convertirse en formación técnica y científica, aspectos de la mentalidad tradicional comenzaron a desencantarse, la sociedad comenzó a organizarse en modernas estructuras políticas, las ideologías se nutrieron de novedosos esquemas de pensamiento y acción, el Estado se hizo un verdadero Estado-Nación, con planes y programas técnicos. Compartir una riqueza común asentó bases al nos-otros venezolano y a nuevas representaciones colectivas. Así nos hicimos modernos muy a pesar nuestro, según la afirmación de Picón Salas.

La condición rentista, como sistema

La lógica con la que la nación venezolana se articuló al sistema capitalista fue *sui generis*. El Estado al otorgar el derecho a un tercero para la explotación de un bien que le pertenece, es capaz de captar un ingreso producido por otros.

Al cederse el derecho de exploración y explotación a las compañías petroleras (“arrendatarias”), el Estado exigiría para la nación una participación en sus cuantiosas ganancias a través del cobro de un “canon de arrendamiento” (Ley de Hidrocarburos de 1920) o de un “impuesto de explotación o royalty” (Ley de Hidrocarburos de 1922). La captación de este ingreso, cuya naturaleza es rentística –el pago realizado por el derecho al uso de una propiedad– sería el referente principal, aquel que daría unidad a las específicas relaciones discursivas entre la nación propietaria y el capital arrendatario.

Para que la condición rentística se pusiera en sintonía con el interés nacional, habría que iniciar un amplio proceso de reformas en la tributación, afinar el aparato administrativo estatal y definir la obligación al concesionario de iniciar las labores de exploración y explotación una vez obtenida la concesión. Con los primeros signos de existencia de petróleo, se inició una competencia entre el capital petrolero para obtener concesiones. Al gobierno le correspondía actuar con “gran cautela y cuidado”. El ministro Torres lo expresaba en 1918: “Hasta hace poco, verdaderamente a ciegas, se procedió en los contratos que para exploraciones y explotación de petróleo se celebraron; por lo que de ellos, pocas o ningunas ventajas ha obtenido la nación”.

Hay nuevas modalidades impositivas, pero también hay condiciones para construir un discurso justificador de la participación de la nación en la nueva riqueza. Se dice en 1918: “El impuesto minero es, por consiguiente, una participación en los beneficios y debe variar con la riqueza de la mina concedida y las utilidades que produzca” (*Memoria*, 1917). El modelo implementado fue el de los Estados Unidos. Solo que ahora la industria petrolera nacional, organizada también en base a arrendamientos, no pagaba una renta al propietario privado del yacimiento y el impuesto correspondiente al gobierno federal, sino que sería al Estado al que le correspondería percibir ambos pagos en virtud de su condición de propietario y de “Estado soberano” en materia impositiva.

César Zumeta, diplomático del gobierno de Venezuela ante los EE.UU., indaga sobre la materia para asesorar la elaboración de una ley sobre concesiones de petróleo. El modelo estaría compuesto por las más importantes disposiciones de una ley afin dictada el 25 de febrero de 1920. Zumeta le escribe a Gómez:

“Espero [...] que sea posible calcar nuestra ley sobre esta, en defensa de tan importantes intereses nacionales y sin herir, si no antes bien, atraer el capital extranjero bienintencionado [así se] acabará de poner a salvo esa inmensa riqueza, tan íntimamente ligada al inmediato porvenir y prosperidad de la república”.

Mientras llegaba el texto legal para “calcar nuestra ley”, se le daba el toque final a la definición de la condición rentista: la separación conceptual de “impuestos” y “renta”. La primera pertenecía al ámbito fiscal, mientras que la segunda era la “percepción de una suma derivada de la estipulación contractual por el goce de una propiedad nacional”. Con esta distinción Torres insiste: “[...] en Venezuela hay impuestos, pero nada pagan las empresas por el derecho mismo a la explotación como en todas las

otras naciones tiene que hacerlo, ora a los propietarios del suelo, comprándole carísimas tierras petroleras, ora al Estado mismo, si el terreno es baldío, mediante especiales estipulaciones contractuales” (*Memoria*, 1920).

Siguió la imposición por parte del Estado de una renta a pagar –siempre manteniéndose dentro de las magnitudes de lo que los productores independientes cancelaban en los EE.UU. al gobierno federal– por el derecho a su explotación. La conciencia nacionalista en ciernes tuvo su expresión, primero, en el discurso gomecista oficial. Sus enunciados se mantendrían dentro del marco de resguardar “cuidadosa y patrióticamente los supremos intereses de la nación”. Segundo, en el discurso de la llamada “oposición democrática”, quienes aspiraban llegar al poder. Desde entonces quienes han dirigido el Estado han compartido esta actitud de defensa del interés nacional en materia de petróleo. Las diferencias o acusaciones de unos grupos contra otros han obedecido más bien a razones de diferenciación ideológica.

“Una república en venta” o el antiimperialismo como símbolo

Tocaba a los gobernantes “abrir los ojos desde el primer momento, pero estos no habían tenido tiempo de saber lo que era el petróleo y de conocer su historia”. Se preservaron los intereses de la nación, pero siempre manteniendo la lógica de la negociación de acuerdo a las condiciones del mercado petrolero. Las representaciones colectivas creadas por los sectores antigomecistas insistirían en otros aspectos. “Pero Venezuela no solo era tiranía, terror y sangre. Era fundamentalmente petróleo, mucho petróleo. Y hacia Venezuela volcaron sus capitales y sus apeiencias, codiciosamente, los hombres de Wall Street”. Así estigmatizaba Betancourt la situación nacional. Opresión hacia dentro y “venta de la república” a los grandes consorcios internacionales: “El régimen gomecista era cada vez más implacable, pero con los criollos. Su capacidad sin fronteras para oprimir y exaccionar al venezolano se transformaba en sumisión y obsecuencia con el extranjero poderoso”.

El discurso antiimperialista desestimaba –por razones ideológicas y políticas– el discurso oficial de “defensa de los supremos intereses de la nación”. Veían la relación del Estado con las compañías como de intercambio desigual en favor de las últimas. Para construir sus postulados solo tomaban en cuenta las “super ganancias” de las compañías, ante cuyas magnitudes la renta petrolera percibida por el Estado siempre parecía muy baja. Poco importaba que este ingreso se generara sin contrapartida productiva por parte del país. Tal interpretación tendría amplias consecuencias sobre los sentimientos anti-imperialistas. Se señalaba que las compañías se llevaban el petróleo sin que la nación recibiera “justos beneficios”. Toda esta relación existía en desmedro de los intereses nacionales, en virtud de la complicidad de las élites dirigentes del Estado con el capital petrolero internacional y viceversa.

Incluso a nivel de la narrativa ya no de carácter político sino literario, estas imágenes serían poderosas:

“Los yanquis han entrado en Venezuela merced al general Gómez. La Casa Blanca no tiene en esa región del turbulento Caribe mejor y más acucioso mayordomo [...]. No hay país más amigo de los Estados Unidos que Venezuela. Los yanquis descubrieron en Venezuela una nueva riqueza bruja que estaba escondida en el fondo de la tierra y se llamaba petróleo [...]. Este petróleo ha enriquecido, a más de los yanquis, a los hijos, sobrinos, yernos y compadres del general Gómez”.



RÓMULO BETANCOURT / ARCHIVO DE FOTOGRAFÍA URBANA



JUAN VICENTE GÓMEZ / ARCHIVO

Estas representaciones, unidas a un discurso de defensa y conservación del recurso natural no renovable, generaron en el imaginario colectivo una posición retórica hacia las compañías y hacia sus propios países de origen, especialmente los EE.UU. Se trata de la lógica típica del discurso nacional-popular, cuyos enunciados se construyen: 1- En función de los sentimientos que se desean satisfacer: “El pueblo trabajador, analfabeto, humillado, con su paludismo y su sífilis, era siervo de la gleba en las haciendas gomeras, artesano explotándose a sí mismo, esclavo asalariado en los campamentos mineros”(Betancourt); 2- En función de darle nuevas apariencias a viejos mitos: “El petróleo es el mito moderno o la apariencia moderna del mito antiguo guardado por los mismos dragones” (Núñez).

Presentar a quienes definieron las reglas del discurso sobre la cuestión petrolera como “aliados y siervos de intereses poderosos” (Betancourt), tenía amplio efecto sobre las masas. Ninguna lógica resistiría el argumento de que la situación era absolutamente beneficiosa para las compañías, en la medida en que eran capaces de usar y sacar provecho de recursos ajenos sin necesidad de comprarlos. Habría que añadir, que las concesiones se otorgaban a riesgo “del interesado” y que lo que se cedía no era la propiedad de los yacimientos, “sino el derecho de explorarlos y explotarlos” con las restricciones que el mismo Estado propietario indicase (Ley de 1922).

El ritmo de la “danza de concesiones”

Otro postulado del discurso nacionalista vinculado al imaginario del petróleo es la lógica del reparto de las concesiones petroleras. La política que siempre le sugirieron seguir a Gómez fue una “política de petróleo, pues la importancia de este mineral es tal, que aún las más sólidas alianzas entre naciones les están subordinadas”. Sus actitudes era creer que tales recomendaciones iban al fondo de la cuestión. Así se lo haría saber al Congreso Nacional en abril de 1923: “[...] vengo creando la prosperidad de Venezuela [...] mediante el fomento de la riqueza pública y explotación de las minas de petróleo que ofrecen un brillante porvenir”. La lógica del argumento era propia de aquel tiempo: “la nación que controle este recurso combustible, verá la riqueza del resto del mundo afluir hacia ella”. El ritmo y las condiciones en que esta riqueza llegaría al país dependería de la política de repartición de concesiones que cedía a particulares, (nacionales y extranjeros), el derecho a explorar y explotar el subsuelo nacional.

Desde la oposición surgió una versión negativa. El sistema empleado por el régimen se describió como “la venta de la nación al extranjero”, una complaciente “danza de concesiones” (Betancourt). Otros enunciados se referían a la

cesión de “porciones de la República al extranjero”, la venta de “sus inmensos lagos de petróleo a los yanquis”. Si bien hubo danza, en ningún momento hubo entrega sin contrapartida. El sistema adoptado constituyó un importante componente de la articulación nacionalista del petróleo que representó, además, grandes beneficios para la nación.

Ante la imposibilidad de que el Estado asumiese la explotación petrolera, se escogió el método de repartir concesiones para explorar y explotar el mineral. Uno de los primeros obstáculos que el gobierno debía vencer para atraer al capital extranjero, era que realmente existiese petróleo. A ningún inversionista le interesaría pagar los derechos de concesión y hacer cuantiosas inversiones en exploración, para un desenlace negativo. Dos fueron los resultados: 1- La elaboración de estudios geológicos detallados sobre cada región, lo que equivalía a un inventario del petróleo existente en el subsuelo nacional; 2- Despertar el interés para una reñida competencia de concesiones entre particulares.

“Los concesionarios [...] en su casi totalidad fueron ciudadanos venezolanos” (Arcaya). La Ley de Hidrocarburos de 1920, le reconocía a los mismos, entre otras cosas, el derecho a traspasar sus concesiones a terceros con la excepción de los gobiernos extranjeros. Ante la imposibilidad de los concesionarios venezolanos, por la falta de capital y técnica, para explorar y explotar sus concesiones, la mayoría fueron vendidas a empresas extranjeras. Se puso a circular en el país una considerable suma de dinero entre lo que obtuvo el fisco, lo que percibieron los nacionales por el traspaso, y el ingreso de inversiones extranjeras: “[...] con lo cual se lograba (...) que ingresara el capital de otros países a invertirse en Venezuela, en condiciones ventajosas para la nación” (Arcaya).

El reparto de concesiones tuvo mejores resultados. El hecho de que la mayoría de concesionarios fuesen nacionales, colocaba al gobierno en posición neutral en relación a cualquier reclamo, “evitábase también así todo motivo de recelos internacionales”. Dos cosas: 1- Ninguna empresa extranjera negociaría directamente con el gobierno; 2- Al Estado se le facilitaba el control de los diferentes concesionarios nacionales pues, en la mayoría de los casos, estos manifestaban su fidelidad y gratitud; se convertían en agentes de la articulación nacionalista. De los resultados cuantitativos del plan de concesiones dejaría testimonio el ministro de Fomento en 1930: “al otorgar las concesiones [...] se estipularon ventajas especiales para la Nación en materia de impuestos”. En relación a lo cualitativo, las palabras de Arcaya daban cuenta:

(Continúa en la página 3)



BARRA CANALIZADORA DE MARACAIBO / ARCHIVO

El imaginario petrolero venezolano

(Viene de la página 2)

“[...] mediante el plan adoptado [...] se ha creado y ha adquirido insólito desarrollo en Venezuela la industria petrolera sin que el fisco haya gastado ni un céntimo en promover esa industria, antes por el contrario, las diligencias mismas de la iniciativa particular [...] comenzaron a producirle a la nación considerable ingresos, desde el primer momento, mucho antes de haberse encontrado el petróleo”.

En una década se había logrado estructurar el marco político y jurídico de la articulación *petróleo-nación*. La lógica era contundente: cuidar los intereses nacionales, sin causar daño alguno, sino más bien atrayendo, al capital extranjero. Es difícil aceptar la representación colectiva de que Gómez y su régimen rehabilitador fueron instrumentos del “entreguismo al extranjero” o “factor deformativo” de la vida nacional. Tampoco se puso en peligro “la soberanía de la patria” por permitir indiscriminadamente la entrada del capital extranjero.

Se crearon las condiciones que posibilitarían un óptimo aprovechamiento de la industria petrolera. El nuevo marco institucional daría forma a la identidad petróleo-nación que caracterizaría la mentalidad colectiva. Los protagonistas de la nueva hora histórica no tendrían mayores inconvenientes en reconocer la evolución de sus posiciones en tres momentos: “el de la ignorancia absoluta, el del conocimiento a medias y el del completo dominio de la materia que hemos alcanzado”.

III.- Identidades y el minotauro del petróleo

Los venezolanos compartían un proceso histórico: la condición petrolera de la nación. Muy pronto se constituiría, a partir del petróleo, un fondo común de “tendencia igualadora” que reforzarían su frágil identidad y unidad. La estrategia para “cuidar nuestra riqueza nacional” fue la articulación rentista de la nación. Lo que permitió generar los recursos necesarios para soportar sin grandes traumas la crisis de la economía tradicional. La renta petrolera colocaba al Estado venezolano en situación inusual y paradójica: no necesitaba de la riqueza producida por las fuerzas económicas que él mismo representaba. Se llegó al extremo de eliminar el impuesto de exportación que había sido fuente tradicional de ingreso. Con ironía, Gómez señalaba a los congresistas en 1923: la supresión de ese impuesto que significaba dejar de percibir 84 millones de bolívares “en obsequio de los agricultores”. Esta articulación rentista le plantearía a Venezuela los cambios más decisivos que haya podido confrontar en su historia. Por una parte, el petróleo actuaba como factor unificador de una sociedad sin mayor integración; de otra, el esquema sustantivo del petróleo alterará patrones de comportamiento, condicionará el estar en el mundo del hombre venezolano.

La fábula de la cigarra y la hormiga: “sembrar el petróleo”

Esta irrupción inesperada de la riqueza petrolera se le caracterizó de economía destructiva: “aquella que sacrifica el futuro al presente”. Su-

ponía convertirse con el tiempo en “monstruo devorador”. Condenaba a la sociedad, a menos que se tomaran correctivos: “Incorporar el petróleo a nuestra vida y no nuestra vida al petróleo”. Los argumentos saltan de lo institucional a lo ético. Surgía en las representaciones colectivas el petróleo como sinónimo de maldición. Las metáforas son variadas: “El minotauro”, “el chorro, gracia o maldición”, “el excremento del diablo”, “un monstruo devorador”. El país se convertía en “la nación fingida”, “país improductivo y ocioso”. Se presagia “el desastre”, la “mentalidad del parásito”. Una nación sumida en “dependencia y neocolonialismo”.

Tales juegos de lenguaje nos remiten a la paradoja de la modernidad petrolera planteada: la negación ontológica, el cuestionamiento ético y, en el caso de la narrativa nacional, la ausencia, la “mudez”, de representaciones, de incorporación de sentidos ocultos y simbólicos que den cuenta de un tema rector de la mentalidad colectiva. Esta paradoja tiene resortes éticos. La misma nos remite a un *mea culpa*, a una suerte de pecado original. El hecho de que aquel país de cultivadores, aislado del mundo, sin comunicaciones interiores, entregado a una lenta y limitada vida provinciana, no hiciese de ese regalo natural incentivo para el desarrollo de la riqueza propia, generaría una situación sin precedentes. La poca riqueza propia se abandona para darse a gozar del regalo: “Ha disminuido nuestra aptitud para producir riqueza. No solo hemos adquirido los hábitos, sino hasta la mentalidad del parásito. Nadie es más pobre que un parásito. Nada tiene. Su porvenir pertenece al ser que lo nutre” (Úslar).

La articulación rentista al capitalismo, por la que optaron las élites gobernantes, tendría efectos irreversibles sobre las actitudes éticas de una sociedad en transición. Muy pronto ese mismo país de cultivadores se convertiría en cliente del Estado rentista. Porque en el origen (relaciones externas) de la formación de la nueva riqueza, el Estado adoptó un discurso de carácter rentístico, aprovechador del ingreso producido por otros. Pero, cuando del destino de esa riqueza se trataba (relaciones internas), se adoptó un discurso capitalista.

Tan singular tendencia se intentó conjurar con el discurso de la “siembra del petróleo”. Algunos pensaron que sembrando una riqueza generada sin mayor esfuerzo productivo podría evitarse la deformación de valores y actitudes en relación al trabajo. “Sembrar” fue el verbo de una consigna que llegó a tener visos programáticos:

“Urge aprovechar la riqueza transitoria de la actual economía destructiva para crear las bases sanas y amplias y coordinadas de esa futura economía progresiva que será nuestra verdadera acta de independencia”.

Se apuntaba a legitimar la posición del país ante el capital arrendatario. Exhibir internamente un rostro productivo, equivaldría a justificar el cobro y captación de la renta petrolera. La siembra del petróleo actuaría como una suerte de freno axiológico a una tendencia económica que no presagiaba marcha atrás. Esa

sería, entonces “[...] la verdadera acción de construcción nacional, el verdadero aprovechamiento de la riqueza patria y tal debe ser el empeño de todos los venezolanos conscientes”.

El síndrome del petróleo: “la erosión moral”

Se definían los diferentes procesos identificatorios que avanzan desde la condición rentista generada por el petróleo. La llamada “oposición democrática”, con todo y su discurso antiimperialista, tanto antigomecista como con la política de los gobiernos que le sucederán entre 1936 y 1945, no estará exenta de tal movimiento. Por el contrario, comparten la posición rentista, en una variante llamada “la segunda visión de la siembra del petróleo”. Ahora la reivindicación rentística de la nación se justificaba con una política de distribución popular de la renta.

AD como partido conductor de las luchas democráticas y populares, luego del 18 de octubre de 1945, puso el mayor énfasis no en el destino productivo (inversión) de la siembra del petróleo, sino en el destino distributivo (consumo) de la renta petrolera, para obtener apoyos políticos, para mejorar el capital humano nacional (“educar, sanear, alimentar y domiciliar”) y crear las condiciones de consolidación del mercado interno, con un alto poder de compra: un proceso de “legitimación económica del orden político”. El discurso populista también acogerá lo que había sido *mot d’ordre* de la política económica nacional, generadora de consenso excepcional entre los distintos sectores de la sociedad. Se le daría nuevo giro, con nueva gramática diferenciadora:

“Sembrar el petróleo fue la palabra de orden escrita, demagógicamente, en las banderas del régimen. Nosotros comenzaremos a sembrar el petróleo. En créditos baratos y a largo plazo haremos desaguar hacia la industria, la agricultura y la cría, una apreciable parte de esos millones de bolívares esterilizados, como superávit fiscal no utilizado en las cajas de la Tesorería Nacional”.

Este giro verbal generaba un solo contenido: consumirlo primero, sembrar el petróleo luego. Si añadimos lo que a los sectores económicos le insinuaba el discurso populista: “producir lo que necesita la nación”, se nos cuadra el círculo. ¿Qué significa esa suerte de malabarismo discursivo según el cual a las mayorías se les ofrece consumir la renta petrolera, mientras que a las minorías se les dice: conviértanla en capacidad productiva nacional?

“La estrategia para ‘cuidar nuestra riqueza nacional’ fue la articulación rentista de la nación”

Acá es donde el discurso populista muestra lo mejor de sus capacidades legitimantes del orden político. Al ser un discurso del poder, no puede identificarse plenamente con los intereses de un sector: “debe” representar el conjunto de la sociedad, sin confundirse con la identidad separada de cada sector. El poder muestra por lo general movimientos sinuosos, siempre apareciendo como constitutivo de toda la trama que él mismo genera y ordena. Su presencia se manifiesta en cada acción, en cada gesto, en cada palabra, en cada imagen. Sus mecanismos sutiles contienen una sólida eficacia.

Se condiciona la ética del país, ciertos comportamientos y actitudes en la vida nacional. El destino consuntivo del ingreso petrolero se hizo “estructural”, generando efectos indeseables para el mismo poder. La siembra del petróleo, en sus dos versiones, no fue más que “un callejón sin salida”, dirán algunos, donde ingenuamente se miraron los venezolanos por décadas. A pesar del sentido apocalíptico que contiene el carácter “dependiente y transitorio”, el petróleo, fue el motor de las transformaciones de la sociedad.

El sistema de representaciones y creencias construidas en torno a este crucial aspecto, lo denominamos *el síndrome del petróleo*. Los valores y comportamientos colectivos de la Venezuela agraria, precapitalista y rural cedían paso a nuevos valores propios del país petrolero, rentista y urbano. El síndrome se manifestaba corrientemente en la indolencia generada por la vida fácil, de consumo y no de producción. No me refiero ni a la dependencia económica de la actividad petrolera y ni siquiera al problema del agotamiento de la fuente de riqueza. Me refiero al impacto de la condición petrolera y rentista de la nación sobre su sistema ético.

IV.- ¿Triunfo de la riqueza mágica?

El principal legado del petróleo para Venezuela irradió en varios frentes: 1- En lo económico permitió impulsar aquel proceso histórico mediante el cual una sociedad atrasada, tradicional y precapitalista se convirtió en una sociedad de mercado, con todo y la carga de modernidad que ello implica; 2- En lo social, además de facilitar ampliamente la movilidad horizontal y vertical de la población, el petróleo sirvió de amalgama, de principio unificador, manifestado en la conciencia de ser un país petrolero, facilitando el nos-otros nacional; 3- En lo ético, hacerse de una riqueza no en tanto productores, sino en tanto consumidores (propietarios de un bien indispensable), comenzó a generar patrones de comportamiento con singular impacto sobre el cuerpo social. Dos grandes proposiciones han permanecido constantes en el imaginario colectivo: *el petróleo no proviene del trabajo nacional, debemos utilizar el petróleo para construir Venezuela*.

A él se puede ir accediendo, puesto que se sembró la creencia de que cada quien tiene derecho a participar, solo queda ingeniarse cómo hacer para que algo llegue. La riqueza mágica comenzó a amenazar la salud de la nación. El sistema de valores se horizontalizó, se desconocieron viejas jerarquías para incorporar otras con falsos rostros igualadores. La pieza dominante en este juego, no ha sido ni siquiera una clase social, sino el Estado rentista con todo y su autonomía financiera, distribuidor del provento mineral, y, junto a él, la del clan o partido que gerencia los asuntos públicos. De allí la excesiva fragilidad que ha mostrado históricamente la sociedad civil frente a ese Estado omnipotente. Ha sido desde el Estado, o con su apoyo, desde donde se han organizado las fuerzas políticas y sociales. Su potencialidad fiscal le ha permitido jugar un importante rol en la vida nacional. En 1939, lo expresó Betancourt: “El Estado está más capacitado en Venezuela que en otros países de América para ejercer, aún antes de que una transformación profunda de tipo democrático se opere en su estructura, una influencia determinante en la vida de la nación”.

El poder político –ejercido en condiciones democráticas o dictatoriales, poco importa– se constituyó en el medio para canalizar las demandas y satisfacer con dádivas todo tipo de necesidad colectiva, desde las materiales hasta las simbólicas. Los partidos cumplieron su rol de agentes privilegiados de la distribución de esperanzas y fantasías, en un juego donde la ambición se solapaba con la promesa incumplida y el sueño truncado. Los signos del tiempo actual señalan el retorno a situaciones e ideologías que se creían superadas, o al menos en trance de serlo. El imaginario del petróleo abrió todo un horizonte para la nación venezolana, al mismo tiempo que anunció el tiempo por venir, despejó las dudas sobre la lógica de una historia vivida y otra por vivirse. Y en esta dialéctica entre lo que fue, lo que es y lo que se prefigura es donde se ha ido enriqueciendo nuestra existencia social. ☼

*El artículo aquí ofrecido es una versión del original, más extenso, disponible en la sección *Papel Literario* de www.el-nacional.com.

PETRÓLEO >> PIEZAS PARA PENSAR LA NACIÓN VENEZOLANA

Orden, progreso y espectáculo: variaciones sobre Venezuela como nación petrolera moderna

"En las películas empresariales de la Shell venezolana se representa la ciudad, el campo petrolero, y el paisaje natural atravesado por carreteras y oleoductos en construcción. Este paisaje se muestra como una zona híbrida en la que se mezclan la ciudad, el campo petrolero y la comunidad rural, en el contexto de la modernización como proceso que conduce a la modernidad"

MARÍA GABRIELA COLMENARES ESPAÑA

Introducción

Comencé este texto con la vaga idea de mirar de una manera diferente imágenes ya conocidas para mí, aunque no como imágenes fijas –fotografías– sino como imágenes en movimiento –cine. La imagen cinematográfica, aunque fundada en la reproducción técnica o mecánica de algo que en algún momento estuvo frente a la cámara, no enfatiza la ausencia de su objeto, sino que, por el contrario, mediante el movimiento y la secuencia temporal, lo vuelve presente a los ojos de su espectador con cada visionado. La imagen fotográfica, suspende el tiempo, hace irrelevantes el antes y el después (Berger, 2007) y nos deja solo con el instante –“el instante preciso” de Henri Cartier-Bresson. Con esto la fotografía enfatiza la ausencia en el presente de aquello evocado por la imagen. ¿Significa esto que la temporalidad queda por completo ausente de la imagen fotográfica? No necesariamente, si considero algunos de mis hallazgos a lo largo del análisis.

Las cinco imágenes que analizo aquí son fotografías de tres películas producidas por la unidad fílmica de la petrolera Shell en Venezuela: *Oleoducto* (1952, Henry Nadler), *Lucha contra el paludismo* (1955, Boris Woronzow), y *Venezuela y petróleo III: sus comunidades* (1960, Néstor Lovera). La producción de la Unidad Fílmica Shell y la de otras petroleras extranjeras con intereses en Venezuela corresponde a lo que en tiempos recientes los estudios sobre cine han denominado *industrial cinema* o *business cinema*, que traduzco aquí como “cine empresarial”, esto es, un cine que se inscribe en las prácticas organizacionales de las empresas, las cuales a su vez se insertan en contextos de poder (Hediger & Vonderau, 2009). Durante la primera mitad del siglo XX, compañías petroleras como la angloholandesa Royal Dutch Shell y la estadounidense Standard Oil obtuvieron concesiones para explotar el petróleo en varias regiones de Venezuela. El auge petrolero del país fortaleció y centralizó el Estado, y este cohesionó la nación. En este proceso, Venezuela construyó una identidad como nación petrolera cuyos dos cuerpos, político y natural, quedaron condensados por un Estado mágico que modernizó a la nación (Coronil, 2002).

La Shell y la Creole hicieron películas dirigidas a sus trabajadores, pero también al público en general. Tenían su propia infraestructura de producción, distribución y exhibición en los campos petroleros, e hicieron convenios con distribuidoras comerciales para proyectar sus películas en cines de toda Venezuela (González & Guilarte, 1992; Filloy, 1995). En las películas empresariales de la Shell venezolana se representa la ciudad, el campo petrolero, y el paisaje natural atravesado por carreteras y oleoductos en construcción. Este paisaje se muestra como una zona híbrida en la que se mezclan la ciudad, el campo petrolero y la comunidad rural, en el contexto de la modernización como proceso que conduce a la modernidad. La modernidad es una categoría compleja y problemática, marcada por un sesgo epistémico eurocéntrico desde su definición original como el orden social surgido en Europa desde la segunda mitad del siglo XVIII con las revoluciones industrial y francesa, y en América con la independencia de Estados Unidos. Un rasgo de la modernidad es que separa el mundo objetivo y el subjetivo, y crea una tensa relación entre la razón y el sujeto, la racionalización y el sujeto (Touraine, 1994). Desde el sesgo epistémico eurocéntrico, la modernidad se asocia con la idea de progreso como la creencia en que la humanidad ha avanzado, avanza y continuará avanzando en el futuro (Nisbet, 1986). La modernidad también se asocia con la idea de la nación como comunidad imaginada limitada y soberana (Anderson, 1993).

Ellegi estas imágenes porque en ellas la composición visual sigue un mismo patrón, aunque con variaciones en cada imagen: énfasis en la perspectiva lineal, enfocando un camino u oleoducto cuyas líneas de fuga convergen en el horizonte, a lo lejos; distribución simétrica y regular de las figuras en el espacio, de acuerdo con proporciones



LUCHA CONTRA EL PALUDISMO (1955, PROD. UNIDAD FÍLMICA SHELL, DIR. BORIS WORONZOW)

muy similares en todas las imágenes. Iré interpretando las imágenes en tres apartados. En el primero, me ocuparé de la imagen que me hizo cobrar conciencia de la recurrencia de ese patrón compositivo y me impulsó a interpretarlo: se trata de un fotograma de la escena final de *Lucha contra el paludismo*, documental empresarial que presenta el éxito en las campañas estatales para erradicar la malaria en Venezuela, como parte de la modernización del país durante las décadas de 1930, 1940 y 1950.

En el segundo apartado, una imagen de *Oleoducto* y otra de *Venezuela y petróleo III: sus comunidades*. Ambas imágenes enfatizan la construcción de oleoductos y la relación de estos con las instalaciones industriales del campo petrolero. En ellas, únicamente aparecen obras industriales o civiles, así como máquinas, pero no los trabajadores petroleros. La primera imagen del apartado muestra una etapa en la construcción del oleoducto Palmarejo-Cardón, que unió los campos petroleros del lago de Maracaibo con las refinerías de Punta Cardón (Shell) y Amuay (Creole Petroleum Corporation). La segunda imagen muestra cómo se conectan los oleoductos con los tanques de almacenamiento de petróleo y sus derivados. En el tercer apartado, las dos imágenes de *Venezuela y petróleo III: sus comunidades* muestran a los trabajadores enmarcados por el campo petrolero. La primera imagen representa a dos trabajadores cuyo tiempo libre transcurre en las áreas residenciales del campo. La segunda imagen muestra a dos trabajadores enmarcados por las instalaciones de una refinería e incorporados a la producción.

Finalizaré este trabajo con una reflexión sobre cómo los significados presentes en estas imágenes van atravesados por las ideas del orden y el progreso, tal como quedan plasmadas en el patrón de la composición visual que se repite, con variaciones, en cada una de ellas.

1. Tema: la compañía petrolera Shell y el progreso de Venezuela

En esta imagen, el lema de la Shell venezolana –“asociados al progreso de Venezuela”– se superpone al símbolo gráfico de la compañía –una concha marina–, y estos, mediante el uso de la truca (1) se superponen a una toma en perspectiva de una carretera que atraviesa un paisaje de llanura. El patrón de la composición en la imagen es el descrito en la introducción: el punto de fuga se ubica en la línea vertical que atraviesa el centro del cuadro y coincide con la línea del horizonte, ubicada ligeramente por encima del centro horizontal de la imagen. Las líneas son predominantemente rectas y segmentan el paisaje natural en porciones casi simétricas. No hay personajes, solo la carretera y el paisaje.

La compañía petrolera no está representada en el paisaje, pero sí en los grafismos que se superponen a este. En el texto, declara su compromiso con el progreso de la nación venezolana. La Royal Dutch Shell se instaló en concesiones otorgadas por el gobierno dictatorial de Juan Vicente Gómez, a mediados de la década de 1910 (Coronil, 2002; Tinker Salas, 2009). Como consecuencia de las medidas progresivamente nacionalistas del Estado venezolano en relación con la industria petrolera –incremento en los impuestos a las petroleras extranjeras hasta llegar al 60% de sus ganancias, obligación de construir refinerías y oleoductos en suelo venezolano, luchas sindica-



OLEODUCTO (1952, PROD. UNIDAD FÍLMICA SHELL DE VENEZUELA, DIR. HENRY NADLER)



VENEZUELA Y PETRÓLEO III: SUS COMUNIDADES (1960, PROD. UNIDAD FÍLMICA SHELL, DIR. NÉSTOR LOVERA)

les que lograron mejores condiciones para los trabajadores petroleros–, hubo cambios en el modelo empresarial de las compañías. Estos cambios se reflejaron en sus prácticas organizacionales internas, en sus relaciones con el Estado y en sus campañas propagandísticas: las petroleras buscaron presentarse ante la opinión pública como agentes del progreso y la modernización de la nación.

El otro elemento de la imagen es una edificación civil: la carretera. Esta corresponde al ámbito de las obras públicas de infraestructura. En el siglo XX, Venezuela pasó de ser una nación integrada por regiones aisladas entre sí y poco comunicadas debido a la falta de vías de comunicación que permitieran integrarlas, a una nación atravesada por una red vial que, junto con el fortalecimiento y centralización del Estado, terminó por unificarse e integrarse. Es cierto que los ingresos petroleros del Estado contribuyeron a financiar esto. Sin embargo, una parte de la nueva red vial fue levantada por las compañías petroleras, en sus exploraciones y asentamiento de campos petroleros. Esto propició cambios socioculturales como el reconocimiento de los venezolanos de diferentes regiones entre sí, aunque también dividió al país en dos Venezuela: una en proceso de modernización, predominantemente urbana; y otra que no alcanzó a recibir los beneficios de la economía petrolera, predominantemente rural (Tinker Salas, 2009).

En esta imagen se superponen sobre el territorio de la nación las atribuciones del Estado como representante de la nación, y las atribuciones de las compañías petroleras como representantes de la empresa industrial capitalista moderna. La imagen da el protagonismo a la compañía petrolera como agente modernizador.

2. Primera variación: del paisaje natural al paisaje industrial

La imagen de la construcción del oleoducto al lado de la carretera es muy similar a la primera de la serie, pues muestra una composición casi idéntica. Sin embargo, no es la carretera lo único que atraviesa el paisaje de llanura: en paralelo a ella va una zanja trazada y excavada por el equipo constructor de la compañía petrolera. En el centro de ellas, la gruesa tubería del oleoducto, ya alineada y ensamblada para ser depositada en la zanja, y luego cubierta. Carretera, tubería y zanja convergen sobre la línea del horizonte, creando nuevamente una visión en perspectiva, con distri-

bución equilibrada de las masas. La construcción del oleoducto es una intervención de la industria petrolera –el campo petrolero, el espacio industrial– sobre el ámbito propio de las comunidades rurales –el espacio rural, la naturaleza– y sobre el territorio de la nación. El espacio representado en la imagen, ¿es un espacio híbrido, intermedio, en el que se cruzan la nación y la compañía petrolera; en el que se mezclan ciudad, campo petrolero y comunidad rural?

La carretera es una edificación civil, una obra pública de infraestructura. Para la época en que se hicieron los documentales empresariales de la Shell, la planificación y construcción de la red vial interurbana había pasado a ser una actividad enteramente a cargo del Estado, en el marco de sus políticas públicas. Desde el punto de vista visual, es significativa la cercanía espacial y el trazado paralelo de la carretera y la zanja que albergará el oleoducto: crea una asociación sensorial poderosa entre la actividad del Estado y la de la compañía petrolera, entre la planificación de las edificaciones civiles y las industriales. Al mismo tiempo, este paralelismo puede interpretarse a la luz del contexto como una sugerente representación visual del delicado equilibrio entre los intereses de la nación –representada por el Estado– y los de las potencias occidentales –representadas por las compañías petroleras–, en el marco del orden internacional bipolar que resultó de la Segunda Guerra Mundial.

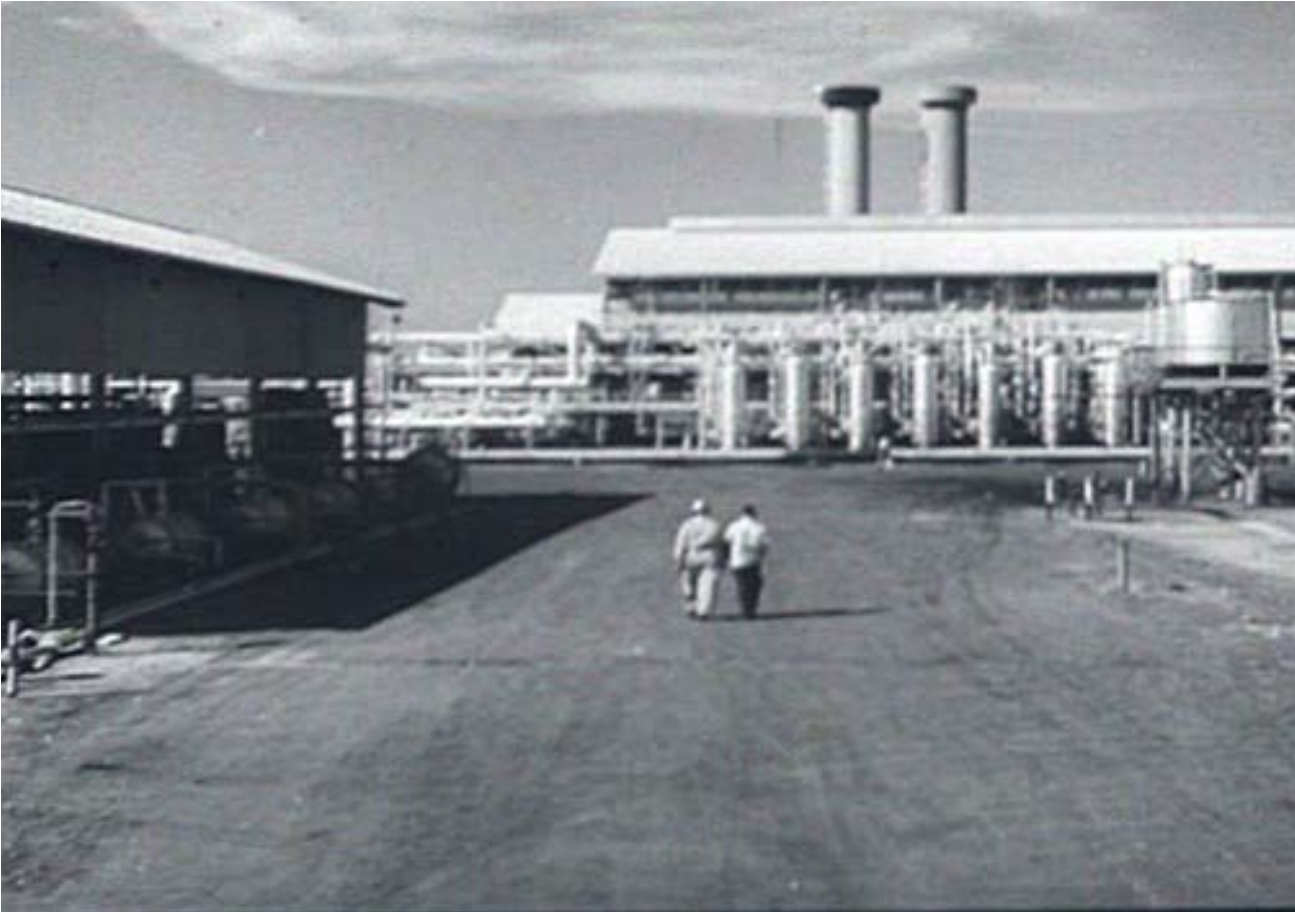
El oleoducto es una edificación industrial y la compañía petrolera es la encargada de construirlo. Es, como la carretera, una vía de transporte, pero del petróleo crudo, desde las plataformas de perforación hasta la refinería que lo transformará en derivados, y de allí a los puertos. Como la carretera, parte de una planificación, pero a cargo de la compañía petrolera. Su fin es mejorar la productividad, hacer eficiente el transporte del petróleo. Para 1952, año en que fue producido el documental al que pertenece esta imagen, la construcción de obras civiles e instalaciones industriales, era una de las imágenes representativas de la modernización en Venezuela. La construcción no siempre fue una actividad planificada, aunque las compañías petroleras se esforzaron en caracterizarla como tal en sus discursos.

(Continúa en la página 5)

Orden, progreso y espectáculo: variaciones sobre Venezuela como nación petrolera moderna



VENEZUELA Y PETRÓLEO III: SUS COMUNIDADES (1960, PROD. UNIDAD FÍLMICA SHELL, DIR. NÉSTOR LOVERA)



VENEZUELA Y PETRÓLEO III: SUS COMUNIDADES (1960, PROD. UNIDAD FÍLMICA SHELL, DIR. NÉSTOR LOVERA)

(Viene de la página 4)

La máquina aparece en primer lugar como automóvil, como vehículo particular de transporte de los ciudadanos. En una Venezuela donde la red ferroviaria cayó en desuso tras el auge petrolero, tener carro era una obligación, pero también un indicio de que sus propietarios se inscribían en los estratos sociales beneficiados por la modernidad, esto es, principalmente, las clases medias urbanas. Se trataba de carros importados o ensamblados en Venezuela con tecnología importada de Estados Unidos o Europa: el auge del automóvil se relaciona estrechamente con la economía importadora producto del auge petrolero. La máquina aparece también como maquinaria de construcción: complicadas grúas, poderosos tractores. No sirve al ciudadano privado sino a la compañía petrolera, aunque esta función queda subsumida en el discurso como una contribución al progreso de la nación: más obras de infraestructura, más progreso; más producción petrolera, más progreso. La maquinaria de construcción es inseparable del trabajo y de la fuerza laboral.

En la otra imagen, los oleoductos paralelos aparecen enfocados en perspectiva, repitiendo la composición de la carretera en la primera imagen de la serie. Estos oleoductos trazan las líneas de fuga que convergen de nuevo sobre la línea del horizonte, allí donde esta se cruza con la línea vertical imaginaria que marca el centro de la imagen. A la línea del horizonte se superponen grandes tanques de almacenamiento de petróleo distribuidos a los lados de las tuberías, y enlazados a estas por medio de una red de válvulas distribuidoras. Nuevamen-

te predominan las líneas rectas y la composición abstracta, geométrica. No hay personajes en la imagen, solo estructuras industriales destinadas al transporte y almacenaje del petróleo. No quedan huellas aquí del paisaje natural, que ha sido totalmente transformado en paisaje industrial. Este paisaje industrial se inscribe plenamente en el campo petrolero.

Estas instalaciones industriales fueron construidas por la compañía petrolera, encargada de la producción de petróleo y sus derivados en concesiones otorgadas por el Estado a cambio de un impuesto sobre los beneficios. Al contrario de las obras civiles, estas edificaciones industriales están dedicadas por entero a la producción –en este caso de petróleo y sus derivados. Es la arquitectura del metal y la máquina, estrictamente funcional, construida para la eficiencia y la productividad. Las tuberías del oleoducto ocupan en el lugar que en la imagen anterior correspondía a la carretera, y establecen un paralelo con esta última: son vías de transporte, en este caso destinadas al transporte del petróleo de las plataformas de perforación a las refinerías y de estas a los puertos, para exportarlo al mercado mundial. Los tanques son depósitos para almacenar el petróleo en su tránsito entre las diferentes etapas de la producción, en su ruta a dicho mercado. El petróleo entonces es un vínculo que conecta a Venezuela con el capitalismo mundial y con el orden internacional de la posguerra, pero, ¿lo conecta en una sola dirección? ¿Es una operación puramente extractiva? Esto me lleva al problema de la producción de petróleo: ¿es realmente producción una actividad extractiva? Por otra parte: el petróleo es propiedad del Estado,

como terrateniente propietario de las tierras de la nación bajo las cuales yace el petróleo. Pero bajo la fórmula de la concesión, comparte el control sobre el petróleo con las grandes potencias europeas y los Estados Unidos, a través de las compañías petroleras. Todo esto en medio del nuevo orden internacional de la posguerra y la Guerra Fría.

3. Segunda variación: vida cotidiana y producción en el campo petrolero

En estas dos imágenes de *Venezuela y petróleo III: sus comunidades*, se repite el patrón de las composiciones visuales anteriores, pero con una variante: no se trata ya de una carretera o una zanja que atraviesen el paisaje natural, tampoco de un conjunto de

edificaciones industriales desiertas de gente. En la primera imagen de este grupo, el espacio compuesto geométricamente y ordenado por el patrón compositivo es una calle de un campo petrolero, rodeada de viviendas y de áreas verdes, y habitado por dos personajes que circulan por la vía, alejándose de la cámara y avanzando hacia el horizonte –¿dejando atrás el pasado y avanzando hacia el futuro? –. Estos personajes no alteran el orden geométrico fijado por la composición visual. Al contrario, lo refuerzan al tiempo que introducen la variación con respecto a las composiciones de las imágenes anteriores: los empleados de la compañía petrolera y habitantes del campo petrolero participan de la apertura hacia el futuro, del avance, del progreso.

El orden en el campo petrolero lo fija la compañía. Esta es al campo petrolero lo que el Estado a la nación. Lo que predomina en la imagen es la zona residencial del campo petrolero, pero al fondo, a lo lejos y en lo alto, se divisan las edificaciones industriales que recuerdan el vínculo con la compañía petrolera. Se trata de estructuras metálicas, con diseño puramente funcional.

En la imagen identifiqué, a la izquierda del cuadro, una calle perpendicular a la que constituye el eje de la composición. Esta calle está bordeada por viviendas que no puedo distinguir claramente, porque aparecen ocultas tras un árbol. No logro distinguir de qué tipo de vivienda se trata: en los campos petroleros había distintos tipos de viviendas, cuya asignación dependía de la categoría de los trabajadores en la jerarquía laboral, pero también de su condición de solteros o casados, expatriados (estadounidenses o europeos) o venezolanos. En cualquiera de estos casos, la vivienda es el espacio de la vida privada de los trabajadores, pero está ubicada dentro del campo petrolero. La compañía, entonces, ordena el trabajo, el ocio y la vida familiar de sus trabajadores. Este orden proviene de una planificación previa: las compañías petroleras insistían, en sus discursos, en el carácter planificado y ordenado de sus enclaves.

Tanto los dos personajes, como la vivienda y las áreas verdes que bordean la calle, e incluso las edificaciones industriales que se divisan a lo lejos, se distribuyen en el espacio y se subordinan, de manera ordenada y planificada, al patrón compositivo de la imagen y a los diseños de la compañía petrolera.

En la segunda imagen del grupo se expresa una nueva variación sobre el mismo patrón de composición visual. En esta ocasión, el espacio es el de la refinería, cuyas edificaciones industriales marcan la línea del horizonte, y también se ubican a los lados de una ancha vía interior. Muy pequeños en comparación con las estructuras de la refinería, dos trabajadores le dan la espalda a la cámara –como los dos ciclistas de la imagen anterior– y avanzan hacia lo que parece ser la estructura central de la refinería –o al menos la estructura central en la composición de la imagen. Una vez más, los dos personajes se insertan en el orden de la composición sin romperlo ni alterarlo. La refinería se inscribe plenamente en los espacios industriales del campo petrolero: es el lugar del trabajo y la producción de petróleo y sus derivados, organizados y puestos en marcha por la compañía petrolera.

La composición visual centra la atención en las edificaciones industriales que enmarcan la vía central. A pesar de la lejanía de la cámara con respecto a estas estructuras, la imagen alcanza mostrar la intrincada filigrana de relucientes válvulas y tuberías, las chimeneas y su apariencia de apretada selva tecnológica. La refinería luce simétrica ordenada y funcional: todo en ella sirve al propósito de la productividad, la calidad, la eficiencia. En la secuencia de la producción petrolera, el papel de la refinería es transformar la materia prima y convertirla en productos derivados: combustible, lubricantes y otros. En este contexto, la máquina es indispensable para producir el petróleo y sus derivados. La refinería es el resultado de los llamados “avances tecnológicos” y se asocia estrechamente al trabajo y los trabajadores que la operan. Sirve a la

productividad y la eficiencia la legislación petrolera de los gobiernos democráticos venezolanos de 1945-1948, además de aumentar al 50% el impuesto que las compañías debían pagar al Estado por sus ganancias, estableció que estas debían invertir parte de sus beneficios en construir refinerías en Venezuela. Tal legislación marcó una nueva era en las relaciones del Estado con las compañías extranjeras: es precisamente la etapa durante la cual la Unidad Fílmica Shell de Venezuela produjo sus documentales.

La compañía petrolera es el agente que planifica y ordena los elementos presentes en la imagen. El campo petrolero es el territorio ordenado, administrado y regido por la compañía. A su vez, el campo petrolero –y la acción de la compañía– se inscriben en el territorio de la nación, regido por el Estado.

4. Coda: la modernidad como orden, progreso y espectáculo

Como dije en la introducción, elegí analizar estas imágenes por el patrón de su composición visual: perspectiva lineal que enfoca un camino u oleoducto cuyas líneas de fuga convergen en el horizonte, y distribución simétrica y regular de las figuras en el espacio. Este patrón compositivo se repite, con variaciones, de una a otra de las cinco imágenes.

¿Qué sentidos le puedo asignar a tal patrón de composición visual en el contexto de mis categorías –modernidad, nación? En principio, lo interpreto como un modo de ver que le impone un orden al espacio, a los objetos y a los actores: la carretera, el oleoducto, las calles del campo petrolero y la refinería reordenan el espacio y lo ponen al servicio de la producción, al servicio del control del Estado sobre el territorio de la nación. Mientras que la conformación del paisaje natural es resultado de fuerzas ajenas a la intervención humana, la construcción geométrica de estas imágenes destaca el dominio del ser humano sobre la naturaleza, de acuerdo con principios pretendidamente racionales inscritos en el programa cultural de la modernidad occidental.

Además de construir un espacio en perspectiva, de acuerdo con principios geométricos, este modo de ver también construye en la imagen una lectura del espacio en clave temporal, a lo largo del eje de la perspectiva lineal. Esta manera de componer la imagen define en ella al menos dos planos diferentes:

A) El primer plano es lo más cercano a la cámara. La construcción en perspectiva lo ubica en un tiempo presente.

B) El fondo es lo más lejano con respecto a la cámara –y también al espectador. Este fondo se ubica sobre la línea del horizonte, en el punto donde confluyen las líneas de fuga y apunta al futuro, que estaría allí donde ya no alcanzamos ver más por la lejanía.

En este vector temporal se mueve el progreso. La composición de las imágenes fija una ruta, un recorrido que se inscribe en el territorio de la nación –la ciudad, la comunidad rural, el paisaje natural– y en el de la compañía petrolera –campo o comunidad petrolera. La carretera, el oleoducto, las calles del campo petrolero y la vía que atraviesa las instalaciones de la refinería son todas rutas que invitan a dejar atrás el presente y a avanzar al futuro. Es la modernidad como utopía. En todas las imágenes, la clave del progreso está en la industria petrolera, representada por la compañía Shell.

Pero la composición visual es también una construcción abstracta que le imprime una cualidad estética a la percepción de la realidad social que tenemos a través de las imágenes. Es la modernidad como espectáculo. ☼

(1) La truca es un dispositivo que se emplea durante la posproducción cinematográfica sobre soporte fílmico. Se utiliza para añadir efectos especiales a la imagen, créditos, títulos, etcétera.

*La Dra. María Gabriela Colmenares España es profesora asociada de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela. Estudiosa de teoría y análisis del cine. Investigadora asociada (UCAB) y doctora en Estudios Socioculturales. (UABC).

PETRÓLEO >> PIEZAS PARA PENSAR LA NACIÓN VENEZOLANA

El petróleo en la ficción: De Ramón Díaz Sánchez a Ibsen Martínez

Como viñetas o fichas de lectura se ofrecen en lo que sigue comentarios a obras narrativas de Ramón Díaz Sánchez, César Uribe Piedrahita, Ramón Carrera Obando, Gabriel Bracho Montiel, Miguel Otero Silva e Ibsen Martínez

JEUDIEL MARTÍNEZ

Mene (1936) Ramón Díaz Sánchez
“Mira todas esas cosas nuevas. Fíjate en esas calles, en esas torres; acércate a ese muelle. ¿Quiénes son esas gentes que parece que se han vuelto locas?” Esta frase tan conocida de *Mene*, tercera novela de Ramón Díaz Sánchez (1903-1968) es la que podrían repetir no solo nuestros ancestros, sino los de cualquier pueblo del mundo contemplando a sus descendientes transformados por la alquimia del siglo XX en una suerte de alienígenas. *Mene*, que ficcionaliza casi una década de experiencias de Díaz como empleado de una las petroleras y como juez municipal, es una novela subestimada cuyo carácter casi documental no debe distraernos de ciertas resonancias cósmicas: historia de contaminación y mezcla sobre la circulación de los elementos y los colores, sobre el ciclo del nacimiento de un mundo nuevo a costa de la disolución del precedente: *Mene* es el elemento primigenio que es transformado por el fuego para dar lugar al cosmos nuevo.

Olvidamos que este venezolano, bebedor de cerveza y jugador de béisbol, no existía antes de que en los campos petroleros terminara el viejo mundo rural. Aunque “culpable” de la romantización del pasado rural, en sus distintas fases Blanco, Rojo, Negro, Azul esta primera novela petrolera muestra el proceso en que el despotismo y corrupción de las compañías extranjeras comienza a emerger un mundo nuevo: ruido, fuego, “agua cuajada”, son los signos de esos cambios por los que el negro Enguerrand Narcisus Philibert, llega a Venezuela y es colocado en la lista negra “por haber osado ocupar el retrete de los blancos”, pero también por los que el hombre del campo descubre que sus manos son aptas “para poner en marcha los devastadores artilugios” y por los que “Pueblos oscuros, Cabimas, Lagunillas, Mene, se incorporaban al frenesí del mundo”. Romance sobre el segundo nacimiento del país, *Mene* merece más que el olvido y la condescendencia que frecuentemente ha encontrado. Debo añadir que hemos olvidado que Díaz Sánchez escribió una extensa obra como historiador; ensayista, biógrafo, periodista, compilador, narrador y dramaturgo.

Mancha de aceite (1935) César Uribe Piedrahita
En realidad, la primera novela petrolera aparece en Bogotá: *Mancha de aceite* de César Uribe Piedrahita (1897-1951), médico y escritor colombiano. Como Díaz Sánchez, Uribe Piedrahita ficcionalizó su experiencia en los campos petroleros, en este caso como médico en los Estados Zulia y Falcón. Novela “apátrida” y de denuncia, como otras de la época, sobre esa “acumulación originaria” en que en las caucheras, las yungas y las plantaciones de Henequén, la explotación extrema de la fuerza de trabajo nativa por capitales nacionales y foráneos se unía a la destrucción de la naturaleza y, no pocas veces, a las matanzas de los indios motilonos. La cuestión política de la explotación y la dominación aparece todavía más clara (“Porque han hecho de este pueblo y de todos los que tienen el infortunio de poseer petróleo, unos pueblos esclavos”).

La novela muestra el ciclo de lucha, violencia y organización política que, inevitablemente, sucede tras estas primeras fases casi esclavistas de la explotación industrial, y, en el simbolismo del fuego, que condensa tanto los conflictos venideros como los cambios que traerá el siglo: “La hoja petrolífera amenazaba convertirse en un horno, quemarse en holocausto de venganza, de muerte y purificación. El fuego siguió gritando y el agua y la tierra gimiendo. ¡El fuego devoró la Mancha de Aceite! Así, Mancha de Aceite” es documento y signo de una época pero también, de un proceso que parece repetirse y que ahora ocurre, nuevamente, al sur del Orinoco con la minas colapsando y las llamas devorando, no los lagos y bosques vecinos del Caribe sino lo alto de los tepuyes, co-

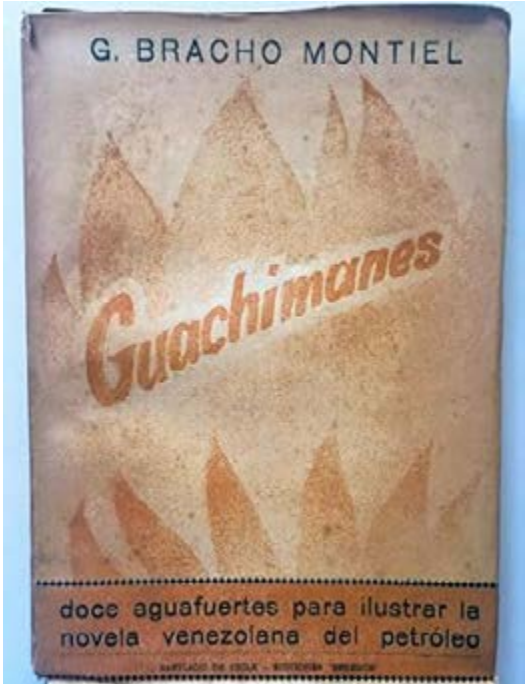


mo si esos procesos de destrucción de la naturaleza y de sus habitantes para extraer las riquezas de la tierra estuvieran condenadas a repetirse periódicamente. Uribe Piedrahita publicó varias monografías y un volumen que reúne impresiones de sus viajes por Ecuador.

Remolino (1940) Ramón Carrera Obando
En la serie las “novelas de la invasión” que dan cuenta de la implantación de las petroleras en Venezuela, *Remolino* de Ramón Carrera Obando (??) difiere de las anteriores tanto en la locación, que en este caso es Caripito –en el oriente del país–, como en que en realidad es un fragmento de una obra inconclusa. Su visión es anterior a la llegada de las compañías, es menos romántica y más realista, por el énfasis que da a una injusticia perdida en nuestra historia: el despojo de los pequeños propietarios rurales a manos de las petroleras.

Así, para Carrera Obando también hay una pérdida cuando emerge el remolino petrolero que desordena, mezcla, destruye y transforma, pero no es la de una realidad social idílica (bien muestra el autor que antes de la tiranía de la petrolera estaba la del jefe civil) sino de la textura misma de la tierra esterilizada y convertida en mugre por las fuerzas de la extracción: “El que ha nacido campo adentro, en la tierra que produce el racimo, la mazorca y la piña melosa, sabe cómo duele cuando los tractores y las cuchillas ‘Robsbilders’ y ‘Caterpillar’ arrasan los campos de agricultura, para tender la carretera que ha de conducir la ‘planchada’ del taladro”. En ese sentido *Remolino* muestra los costos de la industrialización dependiendo menos de la romantización de un pasado bastante poco romántico.

Al fin y al cabo el epónimo *Remolino* no es otra cosa que el *spin* de ruedas y engranajes, la inconcebible proliferación de motores y, con ellos, de choferes y conductores, hombres desterritorializados cuya vida depende ahora menos del contacto con la tierra que de la relación cibernética con la máquina: “La rueda lo arrasa todo, mientras el taladro busca con su aguja mágica las fuentes prodigiosas que alimentan las bolsas, preparan las matanzas y decujan el árbol de la tradición...”. De resto, el catálogo de atropellos que la novela relata no difiere demasiado de los de las novelas anteriores. Inconclusa, *Remolino* quedó



“
Como Díaz Sánchez, Uribe Piedrahita ficcionalizó su experiencia en los campos petroleros, en este caso como médico en los Estados Zulia y Falcón”

como un documento de denuncia simétrico con aquellos que relatan la colonización del occidente del país.

Guachimanes (1954), Gabriel Bracho Montiel
Palabras como guachimán, guirchal o macán, no solo nos recuerdan la llegada, súbita y violenta del idioma inglés al interior de Venezuela, sino la creatividad del idioma para absorber esos vocablos. En particular guachimán es una criollización de *watchmen* y, en sus orígenes, tenía resonancias mucho más siniestras que las de ahora. Gabriel Bracho Montiel (1903-1974) la usa como título para una novela, tardía y fragmentaria publicada en Chile y subtitulada *Doce aguafuertes para ilustrar la novela venezolana del petróleo*, también ubicada en el Zulia pero que se diferencia por su énfasis tanto en el submundo que nace con los campamentos petroleros como en la epónima figura parapolicial: “Los guachimanes que duermen de día, salen ahora con su reloj de control colgado como bulto de escolar y el arma al cinto”. Bracho Montiel fue miembro de la Generación de 1928, perseguido vivió exilios en Colombia y México. Era odontólogo, además de humorista, narrador y editor de diarios en Maracaibo y Caracas.

Prestamistas, vendedores, prostitutas, aventureros y otras figuras que décadas antes perturban la paz de los pueblitos de Texas y Oklahoma ahora aparecen en el Caribe trayendo el ruido, el jazz y el dólar. Es una historia que, en general, hemos

visto en otras novelas petroleras solo que en esta el interés del autor está más del lado del mundo nuevo, urbano e industrial, que del viejo mundo rural: así, y con cierta estridencia, la lucha obrera y antiimperialista pasa al primer plano.

Resalta en todo caso que tanto la transculturación como la figura del gringo muestran una arista nueva con el personaje de mister Charles, quien transmite al criollo Tochito, rebelde innato, el conocimiento de los sindicatos americanos y de la lucha de clases modernas: ya no se trata solo de venezolanos y extranjeros sino de obreros y patronos. Así, la novela termina con un episodio fundacional y casi olvidado de la democracia venezolana: las revueltas tras la muerte de Gómez y en particular la ejecución en las llamas de los quemadores de gas de los guachimanes y espías de las petroleras. *Guachimanes*, queda entonces como la más beligerante de la serie petrolera de las novelas venezolanas.

Oficina N° 1 (1961), Miguel Otero Silva
En *Oficina N° 1*, Miguel Otero Silva (1908-1985) narra la historia del pozo y el campamento del mismo nombre, emplazados en los llanos orientales. Es por tanto parte de la minoría de las novelas orientales, más colocada en un ambiente totalmente diferente porque lo que va a relatar no es tanto la destrucción del medio natural y social anterior a la llegada de las compañías sino el surgimiento de la industria en un paraje remoto y desolado.

Como las otras novelas petroleras, de las que es un espécimen tardío, es ante todo un relato sobre la opresión y los cambios traídos por el poder de las compañías, los mismos personajes típicos (campesinos, obreros, jefes civiles y los gerentes gringos) desfilan por sus páginas solo que, a diferencia de las anteriores, mostrándonos los cambios que ocurrieron cuando, tras la muerte de Gómez, inició la democratización progresiva del país. Como *Guachimanes*, toca el tema de la lucha y la organización sindical, aunque, extrañamente, la voz de la conciencia política no es de un venezolano sino de un norteamericano progresista Tony Roberts. “La última transformación química del petróleo, aquella que convierte el aceite refinado en dividendos, es la parte más interesante y más curiosa de la industria petrolera”.

Tardía y mucho menos beligerante que las anteriores, *Oficina N° 1* fue publicada en una Venezuela cada vez más urbana y ya en democratización, para la cual la industria petrolera ya no era un cuerpo extraño y tal vez por eso carezca de la fuerza y del énfasis de las anteriores, movidas por la indignación ante atropellos recientes y la angustia ante la disolución del mundo rural. Tal vez puede ser vista como una especie de cierre de un periodo en que los problemas ya eran bastante diferentes. No fue, sin embargo, la última novela petrolera.

Oil Story (2023), Ibsen Martínez
Como sucesora de la obra de teatro, *Petroleros suicidas*, Ibsen Martínez (1951) desarrolla una historia urbana e internacional colocada en las antipodas de las viejas novelas petroleras venezolanas: con una historia que inicia más de 50 años después del *fifty-fifty* y 20 después de la nacionalización de la industria petrolera, *Oil Story* no moviliza campesinos, gerentes gringos, sindicalistas, guachimanes o aventureros sino, principalmente, a los ejecutivos, más bien decadentes, de una industria totalmente venezolanizada, parte de una élite que se encaminaba a un conflicto (que, en perspectiva, se nos muestra suicida) contra otra élite, la militar, conflicto que Martínez presenta con curiosas imágenes: “veinte mil gerentes del siglo XXI que, con ideas zombis sobre la política, buscaron provocar el derrocamiento de un jefe militar del siglo XIX con ideas zombis sobre la economía”.

Aunque se puede argumentar que tanto los ejecutivos como el jefe militar eran figuras *quintaesenciales* del siglo XX tratando de entrar al XXI, lo cierto es que esta novela destaca por estar en las antipodas de las novelas petroleras que hemos comentado, como si el tema petrolero fuera relevante para nuestra literatura apenas cuando la industria nace, a principios del siglo XX y fenece, a inicios del XXI. Publicada en 2023, tras las sanciones de Estados Unidos y el colapso de la industria iniciado casi una década atrás, *Oil Story* tiene algo de novela negra y su cierre, en un funeral y citando a Delmore Schwartz, “El tiempo es el fuego en el que ardemos”, parece ser un epílogo o epitafio deliberado no tanto para nuestra novela petrolera, pero sí para la industria que nació con la llegada de los gringos y sus máquinas. ☛

*Referencia:
–*La novela del petróleo en Venezuela* (1972). Gustavo Luis Carrera.

“En *Mene* se narran los cambios económicos y sociales del país, se nos narra cómo se instalan enormes maquinarias diseñadas para la explotación petrolera en las hectáreas destinadas a la agricultura, cómo las calles de tierra comienzan a ser asfaltadas. Se nos narra cómo los pobladores procuran adaptarse a la repentina configuración espacial, pero el hierro y el concreto afectan no solo el territorio, también perturban las psiques de los hombres”

MARIO MORENZA

Cuando emprendemos una búsqueda en la historia de la narrativa venezolana con el objetivo de precisar en cuáles obras yace la temática petrolera, este arqueo bibliográfico se nos torna un tanto infructuoso, porque, paradójicamente, en un país con sello petrolero desde “El Reventón” en 1922, descubrimos que en nuestras ficciones, ni de largo aliento ni breves, el petróleo no es materia que abunde, y caemos en cuenta de que ciertamente se precisan escasas novelas y cuentos en los que su presencia no es simplemente referencial y, lo que nos interesa, determine el hilo narrativo.

Hacia el final de la década de los años veinte, se dejan leer los primeros cuentos del petróleo escritos por Ramón Díaz Sánchez, años después compilados en *Caminos del amanecer* (1941): “Cardonal”, cuyo protagonista sufre una herida por una inesperada falla de las maquinarias; “Brujería”, pieza donde el hidrocarburo adquiere una densidad simbólica sin deslastrarse de una fuerte influencia criollista; en “Fuga de paisajes” una sociedad asimila elementos tan novedosos como la gasolina y el automóvil, mientras que en la psique de la joven Ángela Rosa se carburan estos cambios: su padre ha sido contratado por una empresa petrolera y para ella la nueva ciudad tiene una atmósfera inédita, ante ella se revela un mundo insospechado y se conoce más a sí misma.

Indudablemente, Díaz Sánchez articula estos temas en las páginas de *Mene* con un afanoso engranaje renovador para su época. *Mene* es reflejo de una realidad arrastrada (y arada) hacia esa renovación: las máquinas para la explotación petrolera llegan del exterior transportadas por titánicas embarcaciones. Una vez instaladas y en funcionamiento, ya nada volverá a ser igual en aquella población que prácticamente flota sobre un mar de petróleo.

En *Mene* se narran los cambios económicos y sociales del país, se nos narra cómo se instalan enormes maquinarias diseñadas para la explotación petrolera en las hectáreas destinadas a la agricultura, cómo las calles de tierra comienzan a ser asfaltadas. Se nos narra cómo los pobladores procuran adaptarse a la repentina configuración espacial, pero el hierro y el concreto afectan no solo el territorio, también perturban las psiques de los hombres.

Díaz Sánchez publica *Mene* en 1936, novela dividida en cuatro partes. Sus títulos Blanco, Rojo, Negro y Azul, describen la evolución cromática de la trama. Con la explotación petrolera se suscitan eventos trascendentales para un pueblo cuya única expectativa de cambio eran las fiestas patronales de la Virgen del Rosario.

La crítica advierte que esta obra representa la primera novela escrita en Venezuela que toca el tema del petróleo, un tema hasta ese entonces ausente pese a su impacto en la sociedad venezolana. La trama se contextualiza en la década previa, cuando el reventón petrolero y todo lo que trajo consigo el fenómeno de la explotación frenética del hidrocarburo en la costa oriental del lago (Cabimas, La Rosa, Lagunillas). Douglas Bohórquez señala que Díaz Sánchez busca a través de *Mene* una escritura paralela a la arraigada corriente costumbrista y criollista, ya para aquel entonces saturada de formas bucólicas y burlescas. Aun así, la novela, añade Bohórquez, pese a que asoma nuevas formas de expresión estética, no deja de ser tímida y poco arriesgada en sus intentos por “una subversión radical de los cánones que pautan el discurso novelesco tradicional”.

PETRÓLEO >> PIEZAS PARA PENSAR LA NACIÓN VENEZOLANA

“Todo esto va a cambiar”: la invasión de las máquinas



RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ / ARCHIVO

Mene es rica en imágenes futuristas y, a su vez, impulsa otras formas vanguardistas: el surrealismo, pues a menudo las imágenes de los artefactos adquieren propiedades alucinatorias y se promueve, además, el realismo social: la denuncia a la explotación del obrero por un patrón extranjero generalmente descrito como hostil.

La aparición de elementos futuristas en el resto de las novelas de aquel entonces (1928-1940) en muchos casos atiende a una necesidad de denunciar la precariedad de la estructura social venezolana, por ejemplo, cuando se contrasta un desveneciado puerto con un trasatlántico que arriba a los puertos de La Guaira en *Campeones*. Las máquinas en el caso de *Mene* representan lo último en tecnología y no se detectan en ninguna obra precedente en nuestra narrativa. Hallamos tímidas referencias en *Cubagua* cuando leemos sobre rutilantes pozos petroleros (Cf. 1996: pp. 4, 14-15) y unas brevísimas líneas en *Fiebre*. Las máquinas en *Mene* vienen a revertir el paisaje, a hacerlo suyo, a civilizarlo y a incivilizarlo a partes iguales: las máquinas, como alienígenas, llegarán y conquistarán para establecer un nuevo orden determinado por una nueva anatomía urbana y también por una nueva psicología en los habitantes del territorio conquistado.

Guiaré mi acercamiento a *Mene* a través de los elementos futuristas, esa máquina que retuerce la tierra, y trazaré de este modo un camino hacia la pulsión imaginativa de esta obra que aún nos sigue diciendo cosas. Es probable que muchas de estas estructuras para la extracción petrolera hayan cedido al tiempo y al óxido, y se encuentren, ochenta o noventa o cien años más tarde, extintas. Ante esto, la historia de Ramón Díaz Sánchez se mantiene vigente.

La historia se inicia con un ambiente festivo. Se venera a la Virgen del Rosario. Se bebe. Mientras, el padre Nectario da un sermón. El pueblo se encuentra en completa algarabía. Celebración inagotable. Leemos una narración apoyada a sus anchas en un sosegado costum-

brismo y en un institucionalizado criollismo, como si se tratase de un tributo, o mejor: una despedida propiciada por el autor de la novela, exmilitante del grupo vanguardista Seremos. Hacia el final del episodio se sabe que se inaugurará una calle. Una calle que conducirá a la población hacia el progreso urbanístico. Y es precisamente el padre Nectario el encargado de cortar los primeros ramajes (imagen que recuerda a la de *La guaricha*, cuando le caen a machetazos a un poste, símbolo de progreso, aquí se le da machetazos al monte, imagen de lo rural, de la tierra que se removerá para dar paso al desarrollo). Esta nueva arteria urbana llevará el nombre de la calle Virgen del Rosario.

En el segundo capítulo, se describe cómo es la organización de la fiesta patronal. Joseíto Ubert corteja a Marta, la hija mayor de Casildo Pérez. La invita a dar una vuelta para tener un momento de intimidad, pero Marta se muestra reticente. Él, mientras intenta convencerla, juega a los dados y uno de estos, como metáfora de la suerte, cae al suelo. Cuando lo recupera, sus manos quedan manchadas de una sustancia negra y grasienta, que huele a gas. “Es Mene”, le dice Marta. A lo que Joseíto responde: “¿Ves, Marta, todo esto? —susurró profético—. ¿Ves esta tranquilidad, este silencio? Bueno, todo esto va a cambiar”. Y el cambio será la constante de la novela.

En el capítulo cuarto, Marta ya cría a un niño. Cabizbaja, comprende que ha sido engañada por Joseíto. La embarazó y se perdió del mapa, aún Mene es un “pedazo de tierra negra donde los piragüños llegaban a carenar sus barcos...”. Joseíto Ubert volvería. Y volvió un año después apenas se celebraron de nuevo las fiestas patronales. Volvería para reclamar sus tierras. Su llegada es apenas un ápice de lo que será la invasión de las máquinas:

“Inopinadamente cacareó la aldea como un gallinero. Corrían los aldeanos a la playa y se agrupaban a la orilla del lago. —¡Un vapor de guerra! ¡Véanle los cañones!

Cuadrado y negro, el buque habíase estacionado a un tiro de honda y teñía el cielo con su humo. Lanzó un silbido penetrante que estremeció la tierra.

(...)

“Todo esto cambiará”, recuerda Marta las palabras de Joseíto Ubert”.

De este modo culmina Blanco, donde, si seguimos a la crítica, se llama de este modo porque aún el territorio permanece virgen. En la narración se insistirá de formas variadas en la virginidad de la tierra ante la inminente llegada del hombre que maniobrá máquinas para extraer petróleo, lo que hace más violenta y traumática la transición que padecerá el pueblo:

“—¡Oh! ¡Oh! Todo esto ser petróleo; todo esto. Basta viendo este montecito. Es el petróleo que no dejándolo crecer. ¡Oh! Mucho puede la naturaleza produciendo estos arbolitos. Miles de años debió haber una selva gigantesca que se hundió y está ahora convertida en petróleo. Mucho petróleo para nuestras máquinas. Cesan de voltejear las hélices y los buques negros vomitan sobre la tierra febril su cargamento de hombres y de hierros. Hombres rubios, duros, ágiles. Maquinarias fornidas, saturadas, diríase, de un espíritu de odio contra todo lo verde. Pronto comenzaron aquellas ruedas dentadas y aquellas cuchillas relucientes una tarea feroz. El monte fue cayendo como la barba bajo el filo de la navaja”.

Pocas líneas después leemos la reestructuración:

“Detrás de los derribadores vinieron los edificadores. Siempre más adelante, hacia los cuatro vientos. Donde hubo charcas y monte surgían casas robustas, amplias calzadas, torres agudas, tanques ventrudos. Las cuadri-llas engrosaban sin cesar, organizándose bajo una disciplina férrea como las máquinas”.

Este capítulo traza el giro que sufrió la población: en poco tiempo transformó su fisonomía rural, su vegetación. Aunado a esto, se recuerda como una profecía la frase de Joseíto Ubert: “Todo esto va a cambiar”.

Una vez instaladas las máquinas, se iniciará el proceso agresivo de adaptación de los habitantes de Cabimas, Lagunillas, Mene y toda la costa oriental del lago, lo que le dará a la narración esa variante del futurismo a la que he denominado futurismo mixto, en este caso, Díaz Sánchez no se conforma con recurrir al futurismo como manifestación pura y dura de la vanguardia para describir el desarrollo. El autor desliza su futurismo en aleación frecuente con otra tendencia vanguardista: el surrealismo: lo que deriva en imágenes de este calibre: “La demencia de un ensueño extravasado de las fronteras oníricas”.

Precisamente las imágenes mejor logradas de Ramón Díaz Sánchez en esta obra, se construyen gracias a la comunión del futurismo con el surrealismo y la presencia determinante de las maquinarias que generan cambios, invaden, destruyen, transforman la ciudad y las mentes. A diferencia de los puertos y los trasatlánticos, aquí observamos cómo en tierra firme se opera el mismo efecto: la novedad de la máquina que acentúa el cariz disminuido de una población.

Este párrafo resume lo que sostengo: las máquinas no solo se han adueñado del espacio ajeno, las máquinas ya se han mimetizado con él. Las máquinas son el paisaje:

“Respírase vitalidad. El ambiente parece concentrarse al ímpetu de una voluntad avasalladora. La fuerza, el poder incontrastable de esta voluntad se palpa en cada uno de los nuevos detalles que modifican el paisaje. En el hierro y la piedra, en el humo que navega fingiendo buques fantasmas en el aire; en el olor, el color y el ruido. No es necesario que una voz imperiosa acicate a los hombres. (...) Los camiones tienen que avanzar haciendo zigzaguentes para sortear las embestidas de otros camiones. Pesados tractores, *caterpillars* altas como castillos rodantes, muerden la tierra con sus bandas dentadas, orugas diabólicas que no respetan obstáculos. Los chóferes de los camiones hacen rugir sus cornetas, esclavos de una embriaguez de ruido, coreando el aullido de los monitores en el lago, el gruñido de los motores, el redoblar de los martillos de aire comprimido”.

(Continúa en la página 8)

PETRÓLEO >> PIEZAS PARA PENSAR LA NACIÓN VENEZOLANA

Petróleo, los guzmanes y la transición

El delicioso texto que sigue, dedicado a Ramón Díaz Sánchez y su novela *Mene*, forma parte de la serie *50 imprescindibles*, publicada en el *Papel Literario*, en la edición del 15 de noviembre de 1998

JESÚS SANOJA HERNÁNDEZ

Para la reedición de *Mene*, 1966, escribió Jiménez Arráiz de su cuñado Díaz Sánchez, a quien debió conocer como ninguno, que este era infatigable trabajador, un *self-made* que saltó las vallas de las limitaciones culturales de su época: “Hijo de obreros y obrero él mismo en su mocedad, desempeñó los más variados oficios, desde aprendiz de mecánica y vendedor ambulante de cigarrillos y puros, hasta pintor de carteles para cines de pueblo”. Y también frecuentador de los ambientes periodísticos, narrador y ensayista.

Debió llegar a Maracaibo en 1924, donde conoció a Juan Besson, director de *La Información*. Eran tiempos en que, como en un filme, el Zulía aceleraba su transformación “psicológica y económica”, y por la redacción del diario de don Juan pasaba la figura bohemia de López Troconis. En aquella pajarera de la casona de la calle Independencia el dúo formado por Pedro Herrera y Benedicto Peña, “enamorados de una época que se iba” (el ocaso del género chico), las últimas boqueadas del Teatro Baralt, el encanto del cuplé, la Compañía de Mercedes Navarro, los contertulios trataban de captar los cambios introducidos por el petróleo.

¿El petróleo? Justamente Díaz Sánchez comenzó como empleado de la Caribbean y luego, en Cabimas, como juez municipal, tendría oportunidad de excelencia para recoger datos, testimonios y mutaciones en el estilo de vida de esa ciudad nacida violentamente del viejo pueblo de Narciso



RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ / ARCHIVO

“destaca como el único intento, no solo de describir una situación contemporánea, sino de interpretarla”

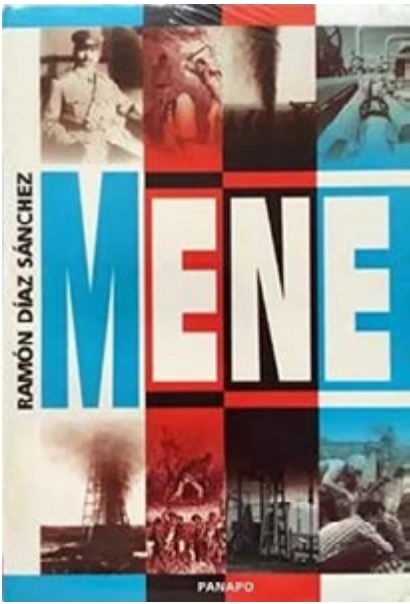
Reinoso, el mejor cantador de la zona, adonde llegaban los pescadores de Las Yayas, los carboneros de Las Rosas y los madereros de Ambrosio y Las Misiones. Y a propósito, ¿ese Narciso Reinoso de *Mene*, de dónde saldría?

El sindicalista Jesús Prieto Soto, autor de innumerables volúmenes acerca del petróleo, en su libro *¿El chorro: gracia o maldición?*, mencionaba, entre los célebres guachimanos de la incipiente industria, “al popular trovador Narciso Perozo”. Y hay más...

Díaz Sánchez, en un artículo publicado en *Panorama* en 1954, señalaba que el punto de partida del gran torbellino petrolero comenzó en 1913, al descubrirse “los depósitos aflorantes de Mene Grande”, y Prieto Soto apuntaba que a Cabimas, en 1925, la formaban dos calles, la Principal y la del

Rosario: “en la primera estaba establecido el comercio; en la segunda, el sector residencial”. Un año más tarde estalló la huelga que se extendió desde Mene Grande hasta la Cabimas de la novela *Mene*.

En Cabimas escribió Días Sánchez, entre 1932 y 1933, el ensayo “Cam”, parcialmente recogido en las páginas de la revista *Arquero*, que en Caracas dirigió Julio Morales Lara. Y allá, según Pedro Sotillo, “el mozallón que no parecía porteño” (Díaz Sánchez, no se olvide, había nacido en Puerto Cabello) redactó febrilmente las páginas de *Mene*, “entre los meses de febrero a junio de 1935”, aunque otros críticos sitúan la redacción un poco antes. Gustavo Luis Carrera afirma que *Mene* fue premiada en el concurso del Ateneo de Caracas de 1935, pero solo pudo editarse en 1936, ya



muerto Gómez.

Si algún autor se sintió atraído por el período que reventó en diciembre de 1935, haciéndose bullente política e ideológicamente en 1936 para desembocar en 1937 como prueba de fuego de la transición lopecista, ese fue Díaz Sánchez. No por azar su ensayo se denominó “Transición”. Para mí, destaca como el único intento, no solo de describir una situación contemporánea, sino de interpretarla cuando estaba aún en el curso más difícil de captar con mirada larga. Por allí desfilan los jóvenes que venían del destierro apertrechados de marxismos, la Ley Lara y la represión de 1937, el fascismo y el nazismo como estrategia de contención del comunismo y el posible triunfo, aunque temporal, de este. En pleno 1937, antes de estallar la Segunda Guerra Mundial, Díaz Sánchez previó el gran cataclismo y analizó, con bastante tino, los “ismos” que entonces se cernían sobre un futuro de enigmas.

En 1950 sorprendió con el mural del guzmancismo, esa elipsis de ambición de poder que se inició con Antonio Leocadio, a quien Milagros Socorro califica acertadamente de “antihéroe fascinante”. Dejó en cartera Díaz Sánchez un proyecto, no sé si novelístico o ensayístico, sobre Joaquín Crespo, acerca del cual hizo una referencia Miguel Otero Silva en 1954. En las gavetas pudo quedar asimismo la tercera novela petrolera, aquella que debía concluir el ciclo de *Mene* y *Cassandra*. No es la primera trilogía inconclusa. También está la de Uslar (*Laberinto de fortuna*). ☉

“Todo esto va a cambiar”: la invasión de las máquinas

(Viene de la página 7)

De igual modo, encuentro ejemplos de futurismo orgánico, donde imágenes tecnológicas se fusionan con la flora y la fauna: “Al despejarse los horizontes de la tupida barrera tropical quedaban a la vista las vastas extensiones. Pero a poco fue surgiendo en estas una vegetación fantástica: torres de madera y de hierro en filas simétricas”, o hacia la mitad de la novela, cuando ya todos los habitantes de las poblaciones están familiarizados con las nuevas máquinas y estas adquieren en la narración ciertas características naturales, continúa y se hace más estrecha esta fusión con el paisaje:

“También allí tenían que alzar la voz para entenderse. Ya era un hábito gritar. El pueblo todo, de un confin a otro, estremecíase en un trueno constante. Vibraban las sirenas, repercutían los martillos de aire comprimido, zumbaban los motores de los balancines. Cada taladro tiene un balancín que succiona el negro óleo de la tierra; cada balancín tiene un motor que palpita como el corazón de un ciclope; cada motor tiene una caldera que regurgita como una monstruosa arteria rota”.

Desde luego, detecto momentos de crítica social. Se muestra al personaje norteamericano, jefe de las operaciones, como un déspota, como un explotador sin misericordia, sin importarle que a uno de sus trabajadores lo haya aguijoneado una avispa, lo que le interesa y le reclama es que trabaje, que no se detenga por cualquier cosa, así este evento comprometa la vida de alguno de los obreros.

En el capítulo noveno de Rojo se cuenta el asesinato de María, hija menor de Casildo. Ramona, quien apenas cuenta con quince años, es su verdugo. Los testigos comentan el crimen: “El petróleo envenena a la gente. El más sano se vuelve una fiera. Debe ser el olor. Ya ven a esa muchacha”.

La locura se desata en el pueblo, ahora petrolero y, de alguna manera, sangriento, vil, enloquecido. *Mene* es una novela que nos habla de cómo la estructura económica y social del país cambia con la llegada de artefactos modernos e inmigrantes buscando mejores oportunidades de trabajo.

En la tercera parte, Negro, se centra en la historia de los inmigrantes trinitarios, entre ellos Enguerrand Narcisus Philibert, su llegada a Cabimas y su relación con sus compatriotas. No obstante, Enguerrand se siente fatigado y fuera de lugar en Lagunillas,

ha sido llamado *negro*, y eso lo desconcierta. Si bien se trata de un personaje circunstancial, protagoniza este capítulo, en una trama en la que los personajes gravitan sobre la imagen del petróleo: en su explotación, en su contaminación ambiental y psíquica. En Negro confluye el realismo social: la descripción precisa del pueblo y sus calles lóbregas, las fuerzas oscuras que a Enguerrand llevan al suicidio y que trastocan a los personajes, además de un asomo futurista en el elemento de los taladros.

“En los oídos de Enguerrand seguían atropellándose los ruidos del pueblo. Le fusilaban desde los flancos de la planchada. Cruzó por una callejuela oscura a cuyo extremo recortábase un lienzo rectangular de lago rutilante, festonado por las luciérnagas rojas y verdes de los taladros, y su figura negra se borró en la tiniebla del callejón. Pero por algunos minutos aún se oyeron sus pisadas resonar en los tablones. Y luego, un chapuzón discreto. Un opaco gluglu en el agua cubierta de petróleo”.

El lago, como en un cuento fantástico, parece haber ejercido algún tipo de hipnosis en el trinitario. Enguerrand, sin explicación ni titubeos, se sumerge y ahoga.

La novela es atravesada por una agobiante pobreza, en contraste con el incalculable valor de las nuevas edificaciones, que en determinado momento se llegan a comparar con el precio de una cajetilla de cigarri-

llos cuando precisamente el patrón les da una charla de cómo mantener las instalaciones a salvo de incendios y de buenas costumbres. Asimismo, en el capítulo primero de Azul, cuarta y última parte, se notifica la llegada de un contingente de nuevas maquinarias, modernas y efectivas, que lograrán una extracción petrolífera más rápida e implicará la participación de menos obreros, lo que reducirá la mano de obra y los costos que esta conlleva. Acaso un lejano antecedente de las consecuencias laborales que ocasiona en la actualidad la aplicación de la inteligencia artificial en ciertos campos de trabajo.

“Complaciente, el técnico informaba: —He aquí un aparato que reduce en un notable porcentaje el coste de la producción. Puede suponerse: con los métodos antiguos cada taladro necesitaba un hombre por lo menos. Ahora esta catalina pone en función, simultáneamente, diez, veinte o más taladros. Consiste la *catalina* en una gran rueda horizontal accionada por un motor. Esta rueda mueve un dispositivo excéntrico del cual parten, en irradiación perfecta, varias cabillas que van a mover, a su vez, los balancines de los pozos en explotación. Algunas abarcan un radio de una milla. Y esta máquina, para su cuidado, solo necesita un mecánico. Las compañías lacustres, que por razones técnicas no pueden emplear el mismo método, empie-

zan a electrificar sus pozos. Estas seguirán empleando a los orientales, hombres de mar, para el trabajo acuático. Pero, de todos modos, la innovación reducirá notablemente el contingente humano. La economía que se obtiene de este modo, sin embargo, queda compensada por otros gastos que impone la necesidad de penetrar a mayores profundidades en la perforación...”

No son pocos los indicios del futurismo en la narrativa vanguardista, o considerada vanguardista. En retrospectiva notamos que la presencia de la máquina no es apabullante y sus apariciones, más bien, adquieren un cariz violento: recordemos “Humo en el paisaje” de Uslar Pietri, las armas en *La guaricha* o *Fiebre*, la velocidad desconcertante del automóvil de Stakelun en *Cubagua*, quien conduce su vehículo de dos asientos con las llantas desgastadas por el salitre a través del camino del Tirano Aguirre en La Ascunción, imágenes que inevitablemente se inclinan más a la parodia del recalcitran-te manifiesto futurista de Marinetti. En nuestra narrativa, el futurismo, al contrario de su creador e infatigable promotor, actuó como maquinaria reproductora de elegías más que de apologías a las nuevas estructuras del mundo. El futurismo reserva una actitud crítica, de denuncia a lo deplorable de la civilización y sus penurias, ante metrópolis avanzadas o en vías de desarrollo, y *Mene* se cristaliza como en ninguna otra novela escrita entre “El Reventón” y la década de los treinta. ☉

HOMENAJE >> RAMÓN ESPINASA VENDRELL (1952-2019)

Ramón Espinasa Vendrell: su huella

Bajo la conducción editorial de Luis A. Pacheco, circula el volumen *Energía, institucionalidad y desarrollo en América Latina. El legado de Ramón J. Espinasa Vendrell* (Editorial Alfa, 2024), revelador y diverso volumen que reúne 14 textos, entre ellos los de Maite Espinada Vilanova y Lourdes Melgar (que también se reproduce en este PDF)

MAITE ESPINASA VILANOVA

La llegada al mundo de Ramón Espinasa Vendrell, el 6 de abril de 1952, ocurrió de manera inesperada, así como fortuito resultó que naciera en Caracas.

Su madre, Conxita Vendrell Magri contaba ya con 42 años para ese entonces y ella, junto a su marido, Francesc Espinasa Masagué y el pequeño Jordi Espinasa Vendrell, habían reculado en Venezuela, luego de la guerra civil española y un exilio en Francia de siete años, sorteando las vicisitudes que ocasionó una cruenta Guerra Mundial.

Ramón crece en el seno de esta familia de inmigrantes catalanes, que llegó a Venezuela con lo puesto y solo su tierra por equipaje. Aunque sus huesos reposan en el nuevo mundo, toda su vida se mantuvieron anclados a su lengua y sus costumbres.

Fue un niño sensible, atrapado en una timidez extrema. Pero, desde siempre, un alumno acucioso y dedicado. Digámoslo claro, un *nerd*. Un estudiante destacado del colegio La Salle de la Colina. Como luego lo fue de la Universidad Católica Andrés Bello, donde cursó Ingeniería Industrial.

Sus raíces catalanas, de las que se sentía muy orgulloso, lo llevaron a conocer desde muy temprano al Barça y a Juan Manuel Serrat, fanatismo que mantuvo y alimentó hasta sus últimos días.

Ya un jovencito, encontró sosiego en las montañas. Adentrarse en su espesura y, con pasos firmes y precisos, ascenderlas hasta su cima, se convirtió en una pasión. Creció con El Ávila al alcance de su mano, su escuela y su casa estaban al pie del gran cerro. Pero no tardó en poner sus ojos sobre la cordillera andina, desde los picos meridionales, atravesando luego América hacia el sur. Caminó sus pueblos y montañas, quizás sin intuir entonces que volvería años más tarde, para mostrarle a esos países los mejores caminos para hacer de sus industrias extractivas una verdadera fuente de riqueza.

En la Católica, anidó su relación con la Compañía de Jesús, especialmente con Arturo Sosa e Ignacio Castillo, amistades que le fueron entrañables, manteniendo sus oídos siempre prestos a las consideraciones de ambos. Y, aun cuando no fue un católico practicante, procuró mantenerse fiel a las enseñanzas de Jesús.

También en esa universidad comenzaron sus veleidades con las ideas de izquierda y, nos atrevemos a decir, que aquellas ideas no abandonaron del todo su corazón, aunque luego se transformara en un creyente de la economía de mercado.

Al graduarse, aun en esa militancia, trabajó en las cooperativas cafetaleras de Lara y en los sindicatos de Guayana. Estaba en Puerto Ordaz cuando su hermano lo llamó de Caracas, persuadiéndolo a regresar, para que acompañara a su padre en sus últimos días. Acusó el golpe, habían estado muy unidos.

Nuevos caminos se abrieron entonces. Arturo Sosa lo impulsa a seguir formándose. Se pone en marcha y se va a La Haya donde se hace con un máster en Desarrollo Económico en el Instituto de Altos Estudios Sociales, para luego enfilarse hacia Inglaterra donde logra un doctorado en Economía Petrolera en la Universidad de Cambridge.

Un par de anécdotas de aquellos días:

Ramón, pésimo bailarín, y poco amigo de saraos y tragos, engañando a las inglesas con pasos de salsa. Y con sus tres amigas venezolanas dispuestas, un verano, a convertirlo en un figurín, llevándolo de compras y haciéndole recomendaciones de estilo y elegancia. También en eso fue un buen alumno, aprendió la lección.

Durante aquellos años, Ramón nunca pierde de vista su país, tiene claro que todo lo que va recogiendo será la simiente para una Venezuela que no cejará en su empeño por construir. Esa será su apuesta.

De regreso al país, pone fin a su vida de estudiante, aunque no de estudio –nunca abandonó los libros. Había llegado la hora, tocaba arremangarse la camisa.

Para entonces, también consciente de sus marañas personales, decide ocuparse de ellas. Comienza así el arduo camino de reconocerse, que no abandona hasta el fin de sus días, empeñado siempre en hacer de sí mismo la mejor persona posible.

Había sobrepasado los treinta, aunque siempre aquella cara guapa de niño bueno, restó años a su apariencia.

En este nuevo comienzo, enamorado, decide poner fin a su la soltería. Contrae matrimonio con Cecilia Carvajal, médico psiquiatra, y poco tiempo después, traen al mundo a su tesoro más preciado: Fernanda.

Su carrera dentro de la industria petrolera venezolana se inicia en Maraven, en sus oficinas principales en Chuao. Al principio los petroleros de vieja raigambre lo consideraron un *outsider*, como llamaban a todos los jóvenes que llegaban con nuevas ideas. Pero, otra vez el azar, a la cabeza de la empresa estaba Carlos Castillo, quien se empeñaba en la necesidad de profundizar en la economía política del petróleo, y allí apareció el Espinasa, presto a darle el soporte necesario para ello.

Esta alianza con Castillo, apoyada en la mutua admiración que se profesaron, le permite construirse su propio espacio que, para algunos, dejó huella en el destino de la industria petrolera venezolana.

Su inteligencia estuvo acompañada de otras cualidades, que permitieron a Ramón el éxito en sus propósitos: su sentido de la amistad, sus aptitudes para la formación y su capacidad para organizar y dirigir equipos.

Sus presentaciones eran legendarias, uno de aquellos jóvenes que estuvo a su alrededor, se refería a él como un *rockstar* de la economía. Impresionaba ver el hombre en que se había convertido aquel niño tímido, que se sonrojaba ante cualquier pregunta.

Su gran amistad con Luis Giusti, gestada en Maraven, sumado a las coincidencias en sus pareceres sobre la industria, los convierten en una dupla sólida, cuya fuerza logra abrir el camino que apuntala su transformación en el segundo lustro de los años noventa.

Giusti como presidente y Espinasa como economista jefe de la estatal petrolera, llevan a PDVSA, junto a un gran equipo de profesionales, a destacarse entre las empresas más importantes del mundo.

Ramón, paso a paso, se fue convirtiendo en una referencia nacional e internacional y fue una de las caras de la llamada “Apertura Petrolera”.

Conocía tan bien sus alcances y limitaciones, que no dudó en rechazar, un par de veces, una cartera ministerial. La política en él estaba para hacerla,



RAMÓN ESPINASA VENDRELL Y FERNANDA ESPINASA CARVAJAL / ARCHIVO FAMILIAR

no para ejercerla. Se convirtió, sí, en uno de los mejores aliados de Teodoro Petkoff en el desarrollo de la Agenda Venezuela, durante la segunda presidencia de Rafael Caldera.

Pero pasa que algunas veces la vida tiene otros planes. El equipo que conducía PDVSA se encontró, sentado en la silla presidencial, a un personaje que tenía su propio proyecto y, entre sus objetivos estaba acabar con la industria que aquel equipo había construido. Todos conocemos los resultados.

Ramón Espinasa no tenía un trabajo en aquella sede de La Campiña, tenía puesta allí su vida. Y, de pronto, la vio hacerse añicos frente a sus ojos. Ninguno de los que llegaron a ocupar los cargos descabezados tuvo la entereza de verlo a la cara para decirle que su trabajo allí había terminado, tuvieron sí la miseria, que luego han mostrado a manos llenas, de cambiar la cerradura de la puerta de su oficina. Y así, ante aquella cerradura que no cedía, entendió que tenía que despedirse de aquel lugar.

Esa mente brillante guardaba una ingenuidad asombrosa. No encontraba la forma de entender qué estaba pasando. La sordidez de usar la política como “arma de venganza”, escapaba de su comprensión. Inclusive, uno que otro, de los que habían sido grandes amigos, le dieron la espalda, sumándose a la *vendetta*. Creyeron que eran parte del festín, sin intuir que terminarían corriendo la misma suerte que él.

No sintió rabia, sintió dolor, mucho. Se levantó y supo que tenía que transformarse para buscar nuevos espacios. Aquellos que lo apreciaban, que son muchos, lo ayudaron en su empeño, convirtiéndose entonces en consultor internacional, consiguiendo ocupar un nuevo espacio en el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en Washington DC.

Lo ocurrido y las decisiones que tuvo que tomar fracturaron también su vida familiar. Lo intentaron, pero no lo consiguieron. Fueron días difíciles, complicados de sobrellevar.

Poco a poco, con su persistencia, logró rearmarse para llegar a conver-

tirse en una referencia continental, no solo en petróleo, sino también en energía y, en general en industrias extractivas. Recorrió regularmente las capitales latinoamericanas, en la procura de aportar para el crecimiento de todos esos países. Todos tuvieron la oportunidad de conocerlo, quererlo y admirarlo.

Su entusiasmo por la docencia encontró espacio en la Universidad de Georgetown y la Universidad de los Andes de Colombia. Tarea que disfrutaba intensamente.

Se hizo un lugar en DC y un refugio en su casa amarilla de Bethesda, pero su corazón no salió de Venezuela. Permanecía allí anclado, sin perder ocasión de escribir sobre el país y convirtiéndose en un *habitué* del programa matutino de César Miguel Rondón. Su voz y sus pareceres acompañaron por mucho tiempo el café mañanero de muchos venezolanos.

Siempre con la esperanza de volver, conceptualizó y trabajó en la fundación del Centro de Energía y Ambiente del IESA, pero, otra vez, los conciliábulos actuaron en su contra, negándole la posibilidad de coordinarlo. Aunque muy decepcionado, no dudó en seguir vinculado al Centro y evitó que otros colaboradores, en solidaridad con él, renunciaran a seguir haciéndolo.

También en esa necesidad de sentirse presente en el país, aceptó ser miembro de la Junta Directiva del diario **El Nacional**.

Llegó incluso a acariciar la idea de abandonar el BID para involucrarse de lleno en iniciativas que intentaron lograr un cambio democrático en el país, pero contó con la suerte de tener a esos grandes amigos que lo disuadieron.

Durante todos esos años siempre estuvo presente como invitado de excepción, en cualquier foro sobre Venezuela y su petróleo.

Plan País, ese concierto de jóvenes venezolanos de la diáspora dispuestos, entre otros objetivos, a construir una visión a largo plazo para el país, encontró en Ramón a un gran aliado desde sus inicios. Se mantuvo atento a la organización, que lo consideraba como uno de sus guías más entusiastas.

En el marco de ese plan educó a cientos de jóvenes sobre la industria petrolera. Los retó a soñar y planificar una empresa eficiente, multiplicadora y próspera.

Cuando aceptó que sus días estaban contados, además del dolor de tener que despedirse de su adorada hija, lamentaba no poder concluir su último proyecto en el BID. Había empeñado su esfuerzo por cambiar la visión que la región tiene de su industria extractiva: de una expoliación, a una creación de valor compartido y transformación social. Una meta de largo aliento.

Ni siquiera su hipocondría y sus manías superaban su discreción. Su familia toda, hacía parte de su vida privada, que mantuvo siempre a buen resguardo. Tanto que fue durante la misa de funeral, celebrada en la capilla de la comunidad jesuita de Georgetown, donde la familia conoció, en toda su magnitud, a ese Ramón público, al que fueron a rendirle tributo diversas personalidades, el 25 de marzo de 2019, cuatro días después de que cerrara sus ojos en su casa de Bethesda rodeado de su familia y de dos de sus más cercanos amigos.

Tuvo claro, desde siempre, que su verdadero aporte en la “siembra del petróleo”, era preparar a los más jóvenes para el relevo. Ocupándose en organizar equipos sólidos, en los que imprimir su huella indeleble.

Resultó conmovedor ver aquellos jóvenes rostros desenchajados en su despedida, pero alentador y reconfortante escucharlos hablar sobre él.

Se fue demasiado temprano, pero no quedaron dudas, había hecho muy bien su trabajo. ☺

**Energía, institucionalidad y desarrollo en América Latina. El legado de Ramón J. Espinasa Vendrell.* Editor: Luis A. Pacheco. Textos de Luis Alberto Moreno Mejía, Luis A. Pacheco, Maite Espinasa Vilanova, Ramón J. Espinasa Vendrell, Osmel E. Manzano M., Carlos G. Sucre, Francisco Monaldi, Luisa Palacios, Christopher De Luca, Roberto Rigobón, Ruth de Krivoy, José Ignacio Hernández G., Carlota Pérez, Álvaro García H., Juan M. Szabo y Lourdes Melgar. Editorial Alfa, 2024.

HOMENAJE>>RAMÓN ESPINASA VENDRELL (1952-2019)

Ramón Espinasa

"De sus presentaciones e intervenciones aprendí sobre las complejidades del mercado petrolero internacional, la relevancia de la geopolítica, la importancia del análisis a fondo de la economía política de los actores, el uso de la renta petrolera, las formas de administrar esa riqueza, las consideraciones que se dejaban de lado. Era un lujo para mí, recién iniciada en el tema energético, escuchar clases maestras del economista en jefe de PDVSA, quien exponía con brillantez y generosidad sus análisis del mercado"

LOURDES MELGAR

Hacia finales de 1997, principios de 1998, se inició el colapso de los precios del petróleo, que llevaría en febrero de 1999 al nivel más bajo para la mezcla mexicana de exportación, con el crudo Maya rondando los 4,5 dólares por barril, mientras que el WTI llegó a cotizar a 11,38 dólares por barril. México venía saliendo de una profunda crisis económica, conocida como la "crisis del tequila". La perspectiva era poco alentadora para un gobierno cuyo presupuesto federal dependía en un 40% de los ingresos petroleros. El pragmatismo se impuso. El país de los tratados de libre comercio, miembro de la OCDE, buscó a su socio estratégico del Grupo de los Tres y del Acuerdo de San José, para entablar un diálogo sobre las perspectivas del mercado petrolero internacional. México tenía claro que las tensiones entre miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) llevarían a una guerra de precios, de la cual todos saldrían perdedores. Cualquier solución pasaba por Venezuela.

Así, a mediados de enero de 1998, el secretario de Energía de México, Luis Téllez Kuenzler, y el director general de Petróleos Mexicanos, Adrián Lajous Vargas, partieron a Caracas. Siendo responsable de los asuntos internacionales en la Secretaría de Energía, tuve el privilegio de participar desde el inicio en el esfuerzo de estabilización del mercado petrolero internacional, orquestado por México, Venezuela, Arabia Saudita y Noruega. Es en ese contexto en el que (re)conocí a Ramón Espinasa, con quien creo haber coincidido en misiones anteriores a Venezuela, pero a quien realmente traté en ese tiempo, previo a la llegada de Hugo Chávez, en que Venezuela se adelantó al resto de América Latina en los debates y diseños de apertura de la industria petrolera.

Pensar en Ramón Espinasa pasa por recordar su cálida sonrisa, su mirada profunda, su escucha atenta, su sencillez, su sabiduría. Conversar con Ramón era aprender de petróleo, de mercados, de renta petrolera, de economía política. Debatir con Ramón era imaginar alternativas para luego verlas hechas realidad. Tuve la fortuna de coincidir con él en una época de oro de la industria petrolera venezolana, en un momento en el que, desde México, veíamos con curiosidad y algo de asombro lo que sucedía en la tierra de Bolívar.

De sus presentaciones e intervenciones aprendí sobre las complejidades del mercado petrolero internacional, la relevancia de la geopolítica, la importancia del análisis a fondo de la economía política de los actores, el uso de la renta petrolera, las formas de administrar esa riqueza, las consideraciones que se dejaban de lado. Era un lujo para mí, recién iniciada en el tema energético, escuchar clases maestras del economista en jefe de PDVSA, quien exponía con brillantez y generosidad sus análisis del mercado. Pocos analistas han tenido su profundidad y claridad.

Durante ese año de 1998 las reuniones de análisis, definición de estrategia y de negociación para estabilizar

Energía, institucionalidad y desarrollo en América Latina

EL LEGADO DE RAMÓN J. ESPINASA VENDRELL

LUIS ALBERTO MORENO MEJÍA • LUIS A. PACHECO (ED.) • MAITE ESPINASA V. RAMÓN J. ESPINASA VENDRELL • OSMEL E. MANZANO M. • CARLOS G. SUCRE FRANCISCO MONALDI • LUISA PALACIOS • CRISTOPHER DE LUCA ROBERTO RIGOBÓN • RUTH DE KRIVOV • JOSÉ IGNACIO HERNÁNDEZ G. CARLOTA PÉREZ • ÁLVARO GARCÍA H. • JUAN M. SZABO • LOURDES MELGAR



Los textos del volumen en homenaje a Ramón Espinasa

- "Presentación", de Luis Alberto Moreno Mejía.
- "Introducción", de Luis A. Pacheco.
- "Ramón Espinasa Vendrell: su huella", de Maite Espinasa Vilanova.
- "A setenta y cinco años de los acuerdos de 1943. Lecciones y propuestas para la reconstrucción del sector petrolero", de Ramón Espinasa Vendrell.
- "El destino de la renta", de Osmel E. Manzano M.
- "¿Qué impulsa (ahora) a América Latina y el Caribe?", de Carlos G. Sucre.
- "La industria petrolera de América Latina en la transición energética: un cambio de paradigma", de Francisco Monaldi, Luisa Palacios y Christopher De Luca.
- "Alpargata, cubalibre y playa: ¿cuándo el petróleo es una bendición y cuándo una maldición?", de Roberto Rigobón y Ramón Espinasa (en espíritu).
- "Prosperidad en una Venezuela posrentista: ¿una quimera?", de Ruth de Krivov.

el mercado petrolero eran constantes. Así, se fueron tejiendo a la conversación otros temas. Venezuela estaba inmersa en su proceso de Apertura Petrolera, del cual Ramón Espinasa

- "El marco institucional del sector petrolero venezolano y el derecho administrativo", de José Ignacio Hernández G.
- "Recursos mineros, tecnología, medioambiente e inclusión: una oportunidad para América Latina en el siglo XXI", de Carlota Pérez.
- "El sector extractivo (SE) en América Latina y el Caribe: plataforma de desarrollo sostenible", de Álvaro García H.
- "El constructor de puentes", de Juan Szabo.
- "Ramón Espinasa", de Lourdes Melgar.

**Energía, institucionalidad y desarrollo en América Latina. El legado de Ramón J. Espinasa Vendrell. Editor: Luis A. Pacheco. Textos de Luis Alberto Moreno Mejía, Luis A. Pacheco, Maite Espinasa Vilanova, Ramón J. Espinasa Vendrell, Osmel E. Manzano M., Carlos G. Sucre, Francisco Monaldi, Luisa Palacios, Christopher De Luca, Roberto Rigobón, Ruth de Krivov, José Ignacio Hernández G., Carlota Pérez, Álvaro García H., Juan M. Szabo y Lourdes Melgar. Editorial Alfa, 2024.*

era considerado padre intelectual. En México, donde desde 1938 el tema petrolero ha estado ligado al de soberanía nacional, lo que sucedía en Venezuela era visto como un acto atrevido



RAMÓN ESPINASA VENDRELL / ARCHIVO FAMILIAR

que, en boca de ciertos actores, era un simple proceso privatizador, pero que en voz del economista político Espinasa tomaba otra dimensión. Espinasa abogaba por una industria petrolera que generara desarrollo, que fuera motor de transformación en beneficio de la sociedad y no solo una fuente de ingresos para el gobierno.

En ese momento, estaba lejos de imaginar lo que me deparaba el destino. En retrospectiva pienso que, sin saberlo, esas conversaciones, por momentos animosos debates, sobre el diseño y arquitectura de la industria petrolera, sembraron en mí la curiosidad y la posibilidad de considerar alternativas que tres lustros después influirían en la reforma energética mexicana. Es curioso, pues a finales de los años 1990 me encontraba mucho más cercana del joven Espinasa que defendía la visión estatista, que del diseñador de la transformación de la industria petrolera venezolana. Con un desfase de tiempo, quizás propio de la diferencia de edad, pero más bien moldeado por los contextos y retos técnicos que nos tocó enfrentar, llegamos a la misma conclusión: a la necesidad de ser pragmáticos para darle viabilidad a una industria estratégica para el desarrollo de nuestros países. Coincidíamos en ser más académicos y técnicos que políticos, en anhelar lo mejor para nuestro país y pueblo.

Durante varios años le perdí la pista a Ramón. Chávez había ganado las elecciones en Venezuela. La persecución contra Luis Giusti y su equipo fue implacable. Ramón, nieto de refugiados de la guerra civil española, inició su propio exilio. Por mi parte, seguí adentrándome en los temas energéticos, llegando a ocupar la Subsecretaría de Electricidad (2012-2014) y la Subsecretaría de Hidrocarburos (2014-2016) durante la etapa de diseño, negociación e instrumentación de la Reforma Energética mexicana. En términos de visión, el modelo mexicano coincidía con el de Espinasa en la necesidad de contar con instituciones y regulación fuertes, lo que se tradujo en el fortalecimiento de la rectoría del Estado, la refundación de la Comisión Nacional de Hidrocarburos, la creación de la Agencia Nacional de Seguridad Industrial y Medio Ambiente del sector Hidrocarburos (ASEA). Casi dos décadas habían pasado desde la apertura venezolana. Se contaba con un balance de lo que había funcionado y lo que había que afinar. Si bien para 2012-2013 los referentes en América Latina eran Brasil y Colombia, quedaba el registro de los resultados iniciales de un proceso de vida corta, pero significativo en Venezuela.

En la primavera de 2017 recibí una invitación para participar en el Primer encuentro para la construcción de una visión regional para las industrias extractivas de América Latina y el Caribe, organizado por la Iniciativa para el Sector Extractivo del Banco Interamericano de Desarrollo. Impensable no participar sabiendo que Ramón Espinasa era quien estaba detrás de ese imprescindible ejercicio de reflexión. Para delinear una visión regional congregó a especialistas en energía y minería de casi todos los países de la región, jefes

de Estado, exfuncionarios públicos, líderes empresariales, representantes de organismos internacionales, sindicalistas, indígenas, hombres y mujeres comprometidos con innovar para dar viabilidad de largo alcance al desarrollo de la riqueza minera y energética de América Latina. En ese proceso, descubrí al extraordinario mediador, al hombre sensible y empático, al amigo.

En términos intelectuales, los debates fueron ricos, siempre respetuosos y constructivos. Ramón le imprimió su sello y permitió que una idea inicial evolucionara para capturar la diversidad de experiencias y enfoques del grupo. Fue un ejercicio de diálogo, de escucha, de construcción. No trató de imponer una visión preconcebida, dando muestra de su curiosidad intelectual y voluntad de estar abierto a otras ideas. Hasta entonces, mis conversaciones con él habían versado en torno a la industria petrolera, con un enfoque tradicional del tema. Ahora debatíamos sobre el peso a darle al impacto social en el diseño de estrategias y políticas para las industrias extractivas, y sobre el futuro del petróleo en el contexto del cambio climático. Ramón, ecuaníme, escuchaba, y dejaba caer una pregunta o reflexión que nos alejaba de los dogmas. Reconozco en él esa capacidad de adaptarse a los tiempos, de evolucionar el pensamiento.

No hubo conversación de la que no saliera una idea a considerar, un deseo de profundizar en la reflexión. Pasamos del mundo del petróleo al de la energía, de la extracción de petróleo a los retos de la minería. En grupo, recorrimos el continente. De las arduas sesiones de trabajo, pasábamos a la convivencia con bonhomía. Un día recibimos la noticia de su enfermedad; otro, la de su partida. Se hizo el esfuerzo de concluir el trabajo, de honrar su memoria. Faltó su toque mágico, faltó su energía para lograr esa gran transformación.

En la última etapa de nuestra relación, conocí a Ramón, el amigo entrañable. Compartíamos la experiencia de ser descendientes del exilio español. Me hablaba de la familia que tenía en México y de cómo el azar hizo que sus padres se quedasen en Venezuela, donde nacería él. Conocer más acerca de sus orígenes, su familia, su amor por Venezuela, su pasión por aportar a construir un mundo mejor me hizo entender lo que había detrás de sus ideas, de su visión.

El legado de Ramón Espinasa es un referente imprescindible para entender los retos de la economía política de los países latinoamericanos ricos en petróleo y en minerales. Su enfoque, visión y propuestas deben considerarse para diseñar políticas innovadoras que generen desarrollo con justicia social. Sus aportaciones al análisis del mercado petrolero internacional y al rediseño y transformación de la industria petrolera siguen vigentes. ☼

**Lourdes Melgar es académica no residente del Centro de Energía del Instituto Baker e investigadora del Centro de Investigación Colectiva del Instituto de Tecnología de Massachusetts. Fue subsecretaria de Energía para Hidrocarburos de México y miembro de la Junta Directiva de PEMEX.*

ENSAYO >> PUBLICADO POR KÁLATHOS EDICIONES, ESPAÑA

Venezuela, política y ambiente

Dotado de la visión global que los tiempos demandan, más una copiosa recopilación de datos y tendencias de las más diversas fuentes, Antonio Ledezma (1955) ha presentado un ambicioso volumen que no solo es diagnóstico y denuncia de la destrucción del medioambiente venezolano, sino una propuesta para el desarrollo de potencialidades en el marco del inevitable proceso de transición energética: su alegato a favor de la sostenibilidad

ARNOLDO JOSÉ GABALDÓN

Antonio Ledezma, en una expresión de confianza que agradezco, me ha solicitado prologar su más reciente obra: *Venezuela, política y ambiente*. Rómulo Betancourt comenzó a escribir su libro *Venezuela, política y petróleo*, entre los años 1937 y 1939. El país era todavía profundamente pobre y atrasado. Existía un contexto político social muy diferente al actual. Esa realidad era la que Betancourt y otra legión de jóvenes idealistas deseaban transformar para establecer un gobierno democrático que generase desarrollo. Demostrando una aguda capacidad para interpretar el hecho histórico, político, social y los factores que lo determinaban, Betancourt apuntó acertadamente a definir que el recurso natural de cuya explotación giraba el poder político y la economía, era clave para entender y poder cambiar esa dinámica. De ello se infiere la obligación que se impuso de analizar el tema petrolero a fondo: sus aspectos geopolíticos, por tratarse de una materia prima altamente demandada internacionalmente; la posibilidad de que el Estado obtuviese cada vez mayores rentas por la explotación de un recurso natural propiedad de la nación, y la mejor estrategia para invertir dicha renta y elevar las condiciones de vida de los venezolanos. De aquí que *Venezuela, política y petróleo* sea un libro que, además de relatar hechos para la historia como el protagonista que fue Betancourt de muchos de ellos, constituya la exposición del modelo democrático que convenía en ese momento a los mejores intereses nacionales para lograr desarrollo con justicia social. Han transcurrido más de ochenta años desde que Betancourt empezó a concebir su obra escrita fundamental (aunque su primera edición no salió publicada sino en 1956), dados los sobresaltos a que estuvo sometido el autor mientras tanto. En este lapso, mucho de Venezuela y del contexto global ha cambiado. Antonio Ledezma, autor de este libro, ha seguido con particular atención las mudanzas ocurridas. Producto de una educada indagación ha ido adquiriendo conciencia de que en el



ANTONIO LEDEZMA / EL NACIONAL

planeta han surgido nuevos hechos que están comprometiendo el bienestar humano en el presente, así como la existencia futura del hombre y las demás especies biológicas. Se muestra sumamente alarmado con la devastación ecológica que está ocurriendo, como lo refleja una copiosa bibliografía que ha tenido la oportunidad de revisar y que constituye uno de los aportes valiosos de la obra. Venezuela, por formar parte del ecosistema global, no está exenta de esas vicisitudes, como se ilustra con una multiplicidad de ejemplos sobre los destrozos sin control que le estamos infligiendo a nuestro capital natural. Ledezma nos plantea ahora: ya no es el petróleo el factor central de nuestra sociedad –aunque seguirá siendo para los venezolanos todavía un recurso natural importante–, sino que es la ecoesfera y su equilibrio el determinante del futuro de la humanidad y, por eso, nos presenta su obra *Venezuela, política y ambiente*, que recoge muchas de sus investigaciones bibliográficas y nos propone, al final, un modelo de desarrollo diferente: un modelo de desarrollo sustentable o sostenible, pues ambos términos son equivalentes como sustituto del modelo rentista extractivista que –casi unánimemente– se acepta que está agotado y no puede ya dinamizar el progreso del país como lo hizo por más de un siglo. A través de su obra, Ledezma nos explica el rol de los recursos naturales en el desarrollo y por qué ha ido cambiando el papel de las materias primas como fuente de acumulación de capital para impulsar el crecimiento económico. Nos ayuda así a comprender el drama venezolano, ya que como sociedad no tuvimos en el pasado el acierto para diversificar la economía y nos mantuvimos dependiendo mayormente de la explotación de un solo recurso, hasta un momento en que esta actividad dejó de ser el impulsor del ingreso per cápita y fue recrudeciendo la pobreza. Pero el autor tiene el coraje para denunciar, además, con abundantes y fidedignas pruebas, cómo a lo largo de los últimos veinte años el país ha sufrido por la irresponsabilidad del régimen de gobierno, no solamente la destrucción de su principal industria extractiva, sino la degradación acelerada de su patrimonio natural por la casi total cesación de la gestión ambiental y, por ende, la disminución de la calidad de vida de todos los ciudadanos. Antonio Ledezma mostró desde niño ser una persona formal. Nos relata en su libro sobre una primera reunión de carácter político a la cual le correspondió asistir en 1968 en San Juan de los Morros, su ciudad natal, cuando solo contaba con trece años. Se trataba de un curso de formación

política en la Casa Seccional de Acción Democrática, en el cual empezó a recibir lecciones sobre el significado de la militancia partidista dentro de una incipiente sociedad democrática. También nos confiesa su temprana sensibilidad por la naturaleza. Desde esa base arranca su indeclinable carrera política que le ha deparado momentos estelares, como cuando fue electo alcalde mayor de Caracas y otros no tan satisfactorios, como cuando estuvo arbitrariamente preso por el régimen gobernante en Venezuela y, luego, su escape al exilio en donde se encuentra actualmente. Los que lo conocemos desde décadas atrás podemos dar fe de una actuación rectilíneamente democrática, leal y consecuente con los compañeros con quienes le ha correspondido interactuar; destacando en primer término su comportamiento ejemplar con el líder y estadista Carlos Andrés Pérez, quien indudablemente fue mentor de su carrera política. Antonio Ledezma, como líder político, ha demostrado facetas que están ausentes en la mayoría de los colegas de su generación y de otras posteriores. Una de ellas ha sido su preocupación por el ambiente. En el ejercicio de sus funciones administrativas tuvo la oportunidad de constatar la importancia de una buena gestión ambiental en resguardo de la calidad de vida de la población a quien debía servir. Ahora, alejado forzosamente de su patria, ha gozado de mayor tranquilidad para estudiar con indudable rigor académico los factores socioecológicos que están determinando la suerte futura de la vida humana. Ello le ha permitido también ponderar el proceso de formulación de políticas públicas, principalmente en las naciones industrializadas, en resguardo de la sustentabilidad del desarrollo. Ha apreciado, asimismo, cómo muchos líderes en el mundo que enarbolan el paradigma del desarrollo sustentable en sus ofertas populistas, no tienen la más remota idea de la complejidad que ese proceso significa. Los dirigentes de los diferentes estamentos sociales en la actualidad están obligados a leer abundantemente la prolífica bibliografía que se genera sobre los diversos problemas que afectan las sociedades de los países; a estudiar e investigar dichos problemas y a participar en debates en los que se analizan las mejores soluciones. En esta obra, Antonio Ledezma aborda aspectos muy diversos, todos ellos relacionados con el desarrollo sostenible. El libro contiene un impresionante volumen de información técnica, expuesta toda con rigor académico. Ilustra sus argumentos con sus propias vivencias, lo cual lo ha-

ce más ameno. Deja traslucir como tema central la profunda preocupación que le ha deparado constatar la significación del fenómeno del cambio climático como condicionante importantísimo del desarrollo futuro de los países y de la subsistencia humana. Concomitantemente, trata sobre la transición energética inducida en parte por el fenómeno citado y dedica varios capítulos a explicar la variedad de fuentes alternativas de energía renovables destinadas a conformar matrices energéticas diferentes a las actuales, pero condicionadas por las características fisiográficas variables de los respectivos países. *Venezuela, política y ambiente* no es una obra dedicada exclusivamente a su país. Ledezma muestra buena disposición para abordar los principales problemas ambientales a escala global, e introducir ejemplos comparativos útiles para sacar nuestras propias conclusiones. Un capítulo importante está dedicado a los problemas del desarrollo urbano en general. Ledezma propone un programa de transformación urbana acorde con el desarrollo sostenible. Como alcalde mayor de Caracas conformó un equipo de competentes profesionales para que lo asistiera en la concreción de sus ideas sobre el urbanismo caraqueño. Tuvo que enfrentar situaciones muy serias derivadas del crecimiento urbano, históricamente anárquico e infrafinanciado, a la vez que instrumentar iniciativas con potencialidad transformadora como lo fue, por ejemplo, el proyecto del Parque Urbano Metropolitano de La Carlota, que le ofrecía a la ciudad un nuevo espacio verde de apreciable extensión y la posibilidad de influir sobre la oferta recreacional y una mejor conectividad vehicular y peatonal. Dicho proyecto, obtenido después de un concurso internacio-

nal, fue archivado por las autoridades del régimen. Al final, Antonio Ledezma concluye su obra proponiendo un programa para el desarrollo sostenible de Venezuela. Dicha propuesta merece ser analizada en extenso, pues constituye el mensaje principal de su obra. No se trata de una estrategia de gestión ambiental exclusivamente, sino para un desarrollo económico, social y ambientalmente viable. A lo largo del texto se van exponiendo las potencialidades que dispone el país para acometer exitosamente una estrategia de desarrollo con el calificativo de sostenible. Especial atención les otorga a las potencialidades energéticas, no solamente de hidrocarburos, sino de una amplia gama de fuentes renovables que el país dispone abundantemente. Llama la atención sobre el tremendo compromiso que nos impone la transición energética dada la dependencia que tenemos de los combustibles fósiles. Ledezma incursiona también por la caracterización de una serie de industrias específicas que son viables para poner en valor las riquezas naturales. Propone, además, las bases de un programa de recuperación urbana para beneficiar al grueso de los venezolanos que vive en nuestras ciudades y que en las últimas décadas ha visto mermar su calidad de vida de forma ostensible. Al tratar sobre la inmensa tarea que significa recuperar la normalidad al liberarnos de la tiranía, Ledezma se presenta como un líder que ha entendido perfectamente el rol que deberá jugar el sector privado en la reconstrucción del país. Por el hecho de ser una nación arruinada estamos obligados a recurrir, en buena parte, al capital privado para rehacer el aparato productivo y para obtener las capacidades gerenciales y las tecnologías de vanguardia que permitan mejorar la productividad de los diferentes sectores. El autor, en sintonía con los enfoques exitosos de progreso social y económico que se registran en algunos países, entiende muy bien el papel protagónico que debe desempeñar el sector privado en el desarrollo sostenible, apartándose de la mayoría de dirigentes de las diversas ideologías que profesan el estatismo, porque no estudian ni leen obras formativas con bases principistas. Sobran las razones para invitar a todos los ciudadanos, en especial a quienes profesan la política, a acercarse a los temas examinados por Antonio Ledezma en *Venezuela, política y ambiente*. ☼

**Venezuela, política y ambiente*. Antonio Ledezma. Kálathos Ediciones. España, 2024.

PUBLICACIÓN >> DERECHO INTERNACIONAL Y TRANSICIÓN EN VENEZUELA

La restitución de la constitucionalidad en Venezuela



JUAN MANUEL RAFFALLI / EL NACIONAL

"Por consiguiente, la validez de la reconstitución, la del Estado de derecho y la democracia en Venezuela, habrán de conciliarse, como lo creo y lo enseña ahora Raffalli, tras una titánica obra de rescate y reconstrucción de las raíces de la nación y del ser inacabado que somos —lo decía Ernesto Mayz Vallenilla— con el prosternado patrimonio intelectual de Occidente que nos trasvasa y hace crisis"

ASDRÚBAL AGUIAR A.

La obra jurídica que ha dejado en nuestras manos su autor —*La aplicación del derecho internacional en la restitución de la Constitución. El caso Venezuela*— es el producto de su verificada madurez intelectual. Juan Manuel Raffalli Arismendi, es un respetado constitucionalista, abogado del foro, amigo dilecto, doctor en Derecho y reconocido catedrático universitario. Apegado a un método que advierto de innovador, nos da a conocer Raffalli sus elaboraciones sobre la cuestión señalada, explicándonos lo central y lo que valida sus conclusiones. Advierte que respalda sus “creencias y hallazgos sobre el sistema interfuncional de acciones para la restitución del orden constitucional [el venezolano, afectado y objeto de sus análisis], considerando la denominada ‘normativa epistemológica’; esa que remite a mecanismos de verificación y justificación con base en la interpretación y argumentación de hechos jurídicamente relevantes, más allá del mero contenido de la norma jurídica”.

De buenas a primera podría observar que la perspectiva así asumida por el autor acaso apunta a lo conocido, a saber; que su libro acoge el método tridimensional de análisis jurídico ampliamente trabajado por Miguel Reale desde Brasil y profusamente desarrollado, desde Argentina, por Werner Golschmidt, judío alemán y el más autorizado en la materia; ello, a fin de realizar el doctor Raffalli su ejercicio crítico constitucional a la luz del derecho internacional. No es así, sin embargo. De allí lo relevante de los contenidos que nos ofrece e integran a su tesis.

Es cierto que, al cabo, media como método no solo la descripción normativa y su consideración constitucional necesaria a la luz de la realidad social interna venezolana, tanto como para asegurar la validez y la efectividad alcanzadas o no de las prescripciones que analiza, sino que, al término, teleológicamente sugiere haber declinado conforme a la función pantónoma de la justicia.

El profesor Raffalli, en efecto, ancla sobre una premisa fundamental susceptible de ser extendida al ámbito hispanoamericano, y la concreta así: “la disonancia entre la validez política y la validez jurídica, (...) deriva del relato populista basado en la ‘deconstrucción’ del orden institucional y democrático constitucionalmente consagrado”.

Decir aporía, entonces, parecería suficiente para sumarnos a las proposiciones del libro que nos ocupa, si advertimos que, a su vez, la Constitución venezolana integra al bloque de la constitucionalidad a los tratados y acuerdos internacionales sobre derechos humanos, abriéndole camino directo a sus tutelas mediante un recurso a disposición de la víctima y en sede supranacional; no obstante, en paralelo reduce y condiciona el manejo de las relaciones internacionales de la República “a los fines del Estado en función del ejercicio de la soberanía”, procurando una solución *pro príncipe*.

No por azar, al ser integrados esos tratados al orden constitucional nuestro, dotándoselos de efectividad inmediata, antes que favorecer la interacción y un diálogo entre el derecho internacional y el interno que conjugue conforme al principio *pro homine et libertatis*, el actual Estado venezolano reduce las normas del orden primero a normas *qua constitutionis*. Se reserva el poder exclusivo para su exégesis, con lo que enerva de tal modo sus obligaciones internacionales, compromete su responsabilidad por hechos internacionalmente ilícitos, a la vez que deconstruye al propio derecho internacional de los derechos humanos.

En esa línea, al paso, ha hecho imperar entre los venezolanos un régimen de la mentira, *Il regime della menzogna* magistralmente diseccionado sobre su experiencia italiana durante el fascismo por Piero Calamandrei. Raffalli lo describe, en sus palabras, como la hipótesis a resolver, dada su complejidad: “El remedio ante la amenaza a la democracia constitucional se ubica en el discurso político contrastante con la oferta deconstructiva populista”, precisa.

¿De qué deconstrucción hemos de hablar y como entenderla como realidad desde la atalaya internacional y global, en modo de que valide y pueda sujetar a lo predicado por el autor desde el orden interno, aun cuando omite conceptualizarla?

Puede decirse, tal como lo hiciésemos en ensayo sobre la cuestión, incorporado a la tercera edición de nuestro *Código de derecho internacional* (2021) y en nuestro más reciente libro, *El derecho internacional y su deconstrucción en el siglo XXI* (2024), que se creyó en vano a partir de 1989 que el fin de la bipolaridad y el agotamiento de la experiencia

del socialismo real afirmarían los principios del Estado liberal de derecho. Presenciamos, antes bien, un coetáneo desmoronamiento, por ineficacia sobrevenida de las instituciones domésticas e internacionales de mediación entre las tribus y el mundo o la humanidad conocidos. No por azar se viene judicializando a la política como parte de una guerra deconstructiva que algunos califican de *lawfare*.

Son visibles la lucha abierta en la escena mundial entre poderes dispersos y una resurrección de la lógica schmittiana: “la política como irreductible oposición amigo/enemigo”. Ayer era entre los grandes espacios vitales (*grossraum*), actualmente superada sin que desaparezca la territorialidad como base de las identidades y para la definición de las áreas de poder incluido el jurisdiccional de los Estados. Mas ocurre otra oposición o antagonismo: entre “nomos” o piezas dispersas o subdivisiones de lo humano, esas neoidentidades que encuentran sus espacios en el imaginario o en la virtualidad, signados por un fraude de lo antropológico.

Cabe, pues, una obligada revisión de lo aprendido y enseñado hasta ahora con miras al tiempo nuevo por hacer y que nos espera —pasados 30 años entre 1989 y 2019, y con vistas a los años sucesivos y sus circunstancias temporales— a fin de que se evite, a manera de ejemplo, lo que fuese característico del pensamiento de los mayores exponentes alemanes del derecho internacional hasta mediados del siglo XIX. Me refiero a Georg Friedrich de Martens (1756-1821) —catedrático a Gottinga, distinto del célebre diplomático ruso-báltico Fyodor Friedrich Martens, 1845-1909, quien nos quita el Esequibo a los venezolanos— y a Johan Ludwig Klüber (1762-1837).

Para estos la disciplina a la que le he dedicado casi medio siglo de vida era meramente racional, relacional y estática, extraña a las concepciones de la sociedad y la cultura, y único reflejo del activismo diplomático oficial: “Le correspondía extraer apenas las reglas generales luego de observar las relaciones entre los Estados [europeos] para mejor asistir las acciones de una culta diplomacia”, recuerda el jurista finlandés Martti Koskenniemi en su enjundioso y seminal título “el suave civilizador de las naciones”: *Il mite civilizzatore delle nazioni. Ascesa e caduta del diritto internazionale* (2012).

Los autores contemporáneos que actualizan el célebre y voluminoso texto pedagógico francés de Nguyen Quoc Dinh (1919-1976), *Droit international public* (2009), afirman que el autor nórdico mencionado adhiere a la “escuela crítica” que busca desmitificar las aproximaciones tradicionales, denunciando el reduccionismo formalista y estatista del derecho internacional y aportando análisis sociológicos y pragmáticos con un propósito preciso: “hacer evidentes los intereses camuflados tras las reglas del derecho”. Es este, como lo pienso, el camino que toma el libro de Juan Manuel Raffalli.

Por consiguiente, la validez de la reconstitución, la del Estado de derecho y la democracia en Ve-

nezuela, habrán de conciliarse, como lo creo y lo enseña ahora Raffalli, tras una titánica obra de rescate y reconstrucción de las raíces de la nación y del ser inacabado que somos —lo decía Ernesto Mayz Vallenilla— con el prosternado patrimonio intelectual de Occidente que nos trasvasa y hace crisis.

Media pues, en el análisis innovador del autor y observando la cuestión desde la perspectiva jurídica, su acertado empeño para desentrañar la realidad oculta tras las normas constitucionales nominalmente vigentes en el país; sobre todo por cuando estas son desfiguradas por los mismos encargados de velar por su ejecución, para hacerles decir lo que no dicen o trastocar su lenguaje volviéndole ambiguo para que sea fuente de arbitrariedades. “[L]a sociedad en sí misma es cúmulo de relaciones entre quienes detentan el poder y quienes se someten al mismo”, afirma; como cuando el juez reparte injusticia trastocando al orden constitucional entre sus destinatarios, recipiendarios de su poder; volviéndoles víctimas, desconociéndoles sus derechos como personas, y purgándoles de toda condición ciudadana.

Urge volver a la fuente electoral —lo cree el profesor Raffalli— bajo condiciones de equidad y transparencia, en modo de que el reparto planteado sea autónomo, a saber, el derivado del acuerdo entre todos, que no solo debe ser el resultado de la imposición de unas mayorías sobre las minorías: “Debe relatarse que las elecciones permiten alcanzar otro objetivo primordial e incluso consustancial con los derechos humanos, y es que permiten concretar una reiterada sucesión en el poder político de manera pacífica y ordenada; en efecto, aseguran el sostenimiento en el tiempo del ciclo de vida del Estado como acuerdo social”, leo en las páginas de su libro.

Ellas hacen un amplio recorrido y ponen en escena la desmaterialización constitucional ocurrida a lo largo de más de dos décadas, a partir de 1999. La he llamado, en texto que escribo a propósito, *Historia inconstitucional de Venezuela* (2012). Sucesivamente propone y ofrece Raffalli conclusiones serias, tras análisis serios y dos interrogantes cruciales que formula como desafíos inexcusables: “¿Cómo se libera una sociedad del yugo de un régimen totalitario que defrauda la Constitución y pretenden valerse de ella para sostenerse en el poder ilegítimamente? ¿Cómo pueden interactuar funcionalmente el orden interno y el internacional para lograr la restitución de la democracia constitucional y el respeto de los derechos humanos?”.

“Las sociedades víctimas de la degradación y defraudación desde el poder en perjuicio de los derechos humanos, están habilitadas, e incluso éticamente obligadas, a reaccionar en defensa de la restitución de su Constitución”, es la respuesta que nos deja el autor. Y he aquí el porqué de lo agonal de la cuestión que nos presenta y del calado hondo de su significado. Casualmente la describe crudamente el papa Ratzinger, Benedicto XVI, en su alocución de 2011 ante sus compatriotas, desde el parlamento alemán:

“Hemos experimentado cómo el poder se separó del derecho, se enfrentó a él; cómo se pisoteó el derecho, de manera que el Estado se convirtió en el instrumento para la destrucción del derecho; se transformó en una cuadrilla de bandidos muy bien organizada, que podía amenazar el mundo entero y llevarlo hasta el borde del abismo. Servir al derecho y combatir el dominio de la injusticia es y sigue siendo el deber fundamental del político”.

A la sazón, el emérito fallecido fija su mirada sobre el paradigma que nos legaran la Segunda Gran Guerra del siglo XX y el Holocausto, hoy borrados de la memoria colectiva e indiferentes para el narcisismo político digital en efervescencia, que aquí y allá abroga espacios y destruye con su instantaneidad el valor humanamente integrador de los tiempos:

“El concepto positivista de naturaleza y razón, la visión positivista del mundo es en su conjunto una parte grandiosa del conocimiento humano y de la capacidad humana, a la cual en modo alguno debemos renunciar en ningún caso. Pero ella misma no es una cultura que corresponda y sea suficiente en su totalidad al ser hombres en toda su amplitud. Donde la razón positivista es considerada como la única cultura suficiente, relegando todas las demás realidades culturales a la condición de subculturas, esta reduce al hombre, más todavía, amenaza su humanidad”, concluye el último papa, un verdadero doctor de la Iglesia.

Finalizo destacando, que, sensiblemente nos encontramos los occidentales, no solo los venezolanos, más ocupados de destruir la estatuaría y los símbolos históricos y hasta los religiosos que nos han amalgamado como civilización de plurales culturas, ahogados en la liquidez de la que nos habla el sociólogo polaco Zygmunt Bauman. El culto del relativismo alimenta y exacerba el complejo adánico posmoderno. Por ello, celebro el coraje y la integridad intelectual de Juan Manuel Raffalli Arismendi. Su libro ilumina caminos, deja empeñada la gratitud de los venezolanos. ☛

* *La aplicación del derecho internacional en la restitución de la Constitución. El caso Venezuela*. Juan Manuel Raffalli Arismendi. Editorial Jurídica Venezolana, Caracas, 2023.